

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y
EL INCONFORMISMO
RADICAL:
CRÍTICA Y ALTERNATIVAS
A LOS PROCEDIMIENTOS DE
INVESTIGACIÓN CON
SUJETO AUSENTE
Óscar A. Alfonso R.

Documento de Trabajo N°. 40
2012

Oscar A. Alfonso R.

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

ANA CLARA TORRES RIBEIRO

IN MEMORIAM

UNA INTELLECTUAL LATINOAMERICANA, MUJER DEL UNIVERSO Y ALMA
PLANETARIA

Con la generosidad intelectual a la que nos acostumbró, Ana Clara Torres Ribeiro aceptó prologar *El enigma del método y el inconformismo radical* de Óscar A. Alfonso pero, antes de culminar la tarea, sobrevino su muerte.

Ana Clara Torres Ribeiro es una intelectual inclasificable. Su versatilidad, inquietud y creatividad académica tocó y sembró en varios campos disciplinarios y temas. Los trabajos de una vida dedicada a estudiar los movimientos sociales, sus luchas y conquistas; sus derrotas, alegrías colectivas y frustraciones históricas, llevaron a Ana Clara a dar el delicado y arriesgado paso para entender el propio actuar humano: ¿Dónde actuar? ¿Cómo actuar? ¿Actuar – reaccionar? ¿O no actuar? ¿Actuar solo, en grupo o aislarse en el silencio individual o familiar? En su trayectoria intelectual, Ana parte del estudio de las luchas cotidianas e históricas de los sectores populares por una existencia urbana más digna y para promover una sociedad más justa y democrática, hasta llegar a una pregunta fundadora de las ciencias sociales, a saber: el significado de la existencia humana y las dificultades históricas, geográficas y contextuales de su concreción. De la teoría de los movimientos sociales en Brasil, Ana caminó en la dirección de preguntar sobre las posibilidades de una teoría de la acción humana y urbana. Una teoría de la acción que fuese universal, pero sobretodo en su particularidad histórico-geográfica. Una teoría de la acción social latinoamericana que articule lo local, lo regional y lo continental y que busca incorporar los saberes producidos en los países del norte, pero reafirma la especificidad y la importancia de pensar a partir de la realidad latinoamericana.

Delante de este desafío intelectual, Ana enseña que la tranquilidad de oír, de escuchar, de recordar y sobretodo del repensar la experiencia individual y colectiva, son las llaves que podrían abrir las puertas y las sensibilidades para formular preguntas, sugerir respuestas y volver a preguntar sobre las preguntas. Un pensar – repensar a partir de un lugar sobre el que se cuestionaba: América Latina. Ana se fue, pero quedó entre nosotros y se eterniza en su fuerza intelectual, en su conducta de intelectual que no se seduce a los modismos y discursos intelectuales del momento. Ana nunca se rindió a la facilidad de los discursos dominantes, hayan surgido en el marco del pensamiento intelectual o en el político – ideológico. Ella

siempre enfatizaba en que un discurso para ser crítico de la sociedad capitalista comienza siendo crítico de sí mismo; crítico del lugar de donde habla y de quien habla. En una palabra, Ana fue (es) una intelectual latinoamericana buscando caminos sin hacer concesiones a los imperialismos discursivos del momento, sean ellos de derecha o de izquierda. Ana nos enseñó que la existencia del pensador debe tener un sentido y un compromiso con la honestidad. Ana vivió y vivirá de su honestidad intelectual. Ana está entre nosotros hoy, mañana y para siempre.

Ana falleció de forma prematura e inesperada y deja un enorme vacío intelectual en el pensamiento de los estudiosos urbanos latinoamericanos. La pérdida inesperada de Ana impone dolor, sufrimiento, tristeza y la certeza de un ser insustituible que no podrá estar físicamente en nuestro cotidiano. Sus familiares, amigos, colegas, admiradores y alumnos que la conocieron nunca dejarán de escuchar en sus almas las sutilezas de su pensar, la alegría de compartir sus emociones y sus risas sonoras que revelaban un ser generoso. No cabe en estos breves párrafos de recuerdos de una amiga querida, realizar un balance de su producción intelectual, de las aperturas y brillantes intuiciones que marcaron su caminar como pensadora de la realidad latinoamericana. Además, no soy la persona capaz de realizar ese trabajo necesario e inevitable de recuperar, sistematizar y contextualizar su trayectoria intelectual. El rigor intelectual de Ana Clara impone un lento y atento trabajo de cartografía y contextualización histórica y geográfica de los temas de la sociología urbana crítica que ella trató en sus trabajos académicos.

Después de una vida dedicada al rigor analítico y precisión de conceptos sobre las maneras, formas, geografías o ambigüedades de cómo la vida humana se reproduce en las ciudades; después de años dedicados al análisis, sistematización y mirar crítico sobre los movimientos sociales urbanos; después de años acompañando y criticando los muchos giros culturales, semánticos, lingüísticos, metafóricos y una infinidad de nuevos y viejos calificativos para los estudios urbanos, Ana Clara decide volver a los pequeños hechos, fragmentos de experiencias de (la) vida y de lo cotidiano en las ciudades para, sutilmente, pensar el sentido de la acción humana y de su relación con la sociedad contemporánea.

En este momento en que realizó un sencillo homenaje a Ana Clara, me permito recordar una de las innumerables pequeñas historias que Ana venía contando y preparando como parte de un libro que estaba escribiendo sobre el actuar y el estar en sociedad en América Latina. En esas pequeñas historias, verdaderos cuentos que ella se negaba a registrar como un género literario, Ana resaltaba lo ocurrido en sí mismo, o sea (re) recordar la

realidad contada a partir de la vivencia. Siempre el punto de partida de esas “historias” es un fragmento de una acción, de un encuentro o desencuentro, un gesto individual o una confrontación colectiva. Al final, simples hechos aparentemente cotidianos que ciertamente pasarían al olvido de la historia y no tendrían el registro glamoroso de una teoría sociológica. Ana contaba esos hechos, todos a partir de su (con)vivencia con las personas en las calles y en las plazas de las ciudades latinoamericanas, como una introducción o un prólogo para formular preguntas que servirían de llave para abrir la puerta misteriosa del pensar la vida en sociedad.

Esos trazos de lo humano en la ciudad que Ana narraba en sus presentaciones en congresos, sala de clase y debates académicos estaban en un constante proceso de (re)elaboración donde recordarlo, recordar y hacer revivir lo acontecido permitían el surgimiento de nuevas matices, nuevas apreciaciones de lo vivido. Ese contar - recontar un fragmento de la vida urbana, permitía a sus oyentes reconocer en sus propias memorias los sentimientos, las sensaciones y las vivencias de hombres y de mujeres en las ciudades latinoamericanas. Al contar historias, cuentos y encuentros Ana buscaba semejanzas y diferencias en las múltiples vivencias sociales y, de esa forma, identificar caminos para entender las acciones, las estrategias y las luchas de los protagonistas de la vida colectiva urbana. Ana introducía en esas historias los grandes temas de la reflexión sobre el vivir en sociedad que definen las preguntas y las respuestas de la filosofía a la sociología, de la cultura a lo religioso, del intelectual al pensador. Preguntas y respuestas, dudas y certezas, teorías o impresiones que buscan revelar, aprender y sistematizar la experiencia humana en sociedad.

En esa búsqueda de los misterios del vivir en sociedad encontramos las respuestas de los filósofos, de los teóricos de lo social, teólogos, músicos y demás artistas y, sobretodo, el encuentro con las personas normales y corrientes que quieren respuestas para sus dudas cotidianas. Algunos tienen la opción de responder para elaborar y proponer eruditas teorías de lo social; otros se contentan en dejar registros, impresiones o sonoridades. Todos parten de la sorpresa de la posibilidad del vivir en sociedad, algunos procuran buscar caminos colectivos de resignificación del vivir en sociedad y otros se subvierten o se rinden a la desesperación silenciosa de sus dramas individuales o colectivos.

Ana se aproximaba cada vez más a la sabiduría de las pocas explicaciones y se distanciaba del barroco e intrincado discurso de la academia, enseñándonos que la verdadera reflexión nace de la vida, se entrelaza con las vidas, creando una textura musical con infinidad de tonalidades y, en especial, otorgando nuevos sentidos al sentir, al hacer

sentir y, sobretodo, al transformar el sentir en acción transgresora en busca de justicia, de igualdad y de una vida plena entre iguales con sus cicatrices y sus ilusiones.

De la contadora de historias, Ana se transformaba silenciosamente en una potente pensadora de nuestra realidad. Una transformación sin alardes y grandes celebraciones, sino un pasaje profundo y rico que instauro la reflexión creativa y creadora de un pensar el recapacitar. Del rigor de la socióloga abierta y sensible a las geografías disciplinarias y temáticas, Ana se vuelve una pensadora de la ciudad como un espacio del vivir humano.

Mi sencillo homenaje para Ana Clara es recordar una de sus “historias” que escuché cuando ella presentó su propia historia intelectual en la forma de partitura musical en la defensa de su memorial como profesora titular de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Lamentablemente esa fue una de sus últimas presentaciones en público. Cuando Ana Clara, con el brillo y la sensibilidad habituales relató esa historia, nadie imaginaba que lamentablemente ella solamente estaría presente en nuestras vidas como alma planetaria que jamás desaparecerá.

Ana caminaba tranquilamente en el barrio de Catete en la ciudad de Río de Janeiro. En su caminar por ese céntrico y agitado barrio que reúne mundos y experiencias populares en su comercio ambulante informal, en sus esquinas coloridas de bares y de un comercio tradicional que desaparece con la voracidad del enclaustramiento de la vida en los *shopping center*, Ana encuentra un vendedor de paños de limpieza para la cocina. Con su infinita curiosidad, Ana Clara para y observa con atención las relaciones de compra y venta de esas pequeñas telas rectangulares bordadas con motivos culinarios y percibe algo misterioso en esas simples relaciones mercantiles de un vendedor de calle informal.

Ana Clara con delicadeza se acerca al vendedor, al señor humilde y de edad con su mercancía en una pequeña caja a su lado. Caminando a su encuentro, Ana percibe que ese señor es ciego. Como siempre, Ana Clara llega con su manera gentil y abierta para conversar y ponerse en el lugar del otro para saber el valor y el sentido de cada una de las palabras de su interlocutor. En una palabra, a escuchar con simpatía.

Después de conocer la trayectoria de vida de ese señor, de saber de sus innumerables historias como trabajador informal y de su lucha cotidiana para mantener a su familia, Ana pregunta sobre un misterio que rondaba su percepción de ese señor y de su trabajo. Ana, con la sinceridad y curiosidad que la caracterizaba, hizo la siguiente pregunta: «siendo ciego, ¿cómo sabe Usted que las personas que compran su producto están pagando el precio correcto de su mercancía? ¿Cómo puede saber que no está siendo

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

engañado?» El viejo señor, vendedor de calle de muchos años y acostumbrado con el mundo de la informalidad urbana, responde con la tranquilidad de su saber la siguiente frase: “mi hija, vivo de la honestidad de los otros”.

Ana Clara, deslumbrada y conmovida con la respuesta de ese señor, decía que hay algo más sólido en el aire que el anonimato de las relaciones mercantiles y los egoísmos individualistas de la racionalidad instrumental impuesta por el mercado. El viejo señor ciego, vendedor ambulante, vivía de la honestidad de los otros. Linda historia que Ana contaba con emoción y simpatía. Linda historia que revela las ambigüedades de la sociedad mercantil y de la reproducción de la vida colectiva en las ciudades latinoamericanas.

De esa linda y conmovedora historia concluimos que Ana Clara vivía de su honestidad. Ana Clara nos deja, pero su alma honesta, inquieta y generosa es una estrella que estará presente e iluminando el universo del pensamiento latinoamericano.

Pedro Abramo

Alumno, amigo, colega y admirador de Ana Clara Torres Ribeiro

Óscar A. Alfonso R.

PRÓLOGO
UN ELOGIO A LA DIALÉCTICA

Edna C. Sastoque R.
Federico Corredor

Ha pasado ya cierto tiempo después de que la lectura de *Los Hermanos Karamazov* o de *Crimen y Castigo* nos apasionara y nos conmoviera como ninguna otra obra llegada a nuestras manos. Hoy, en medio de la cotidianidad y la rutina universitaria, nos volvemos a topar con una lectura que nos atrapa, que nos obliga a continuar, a reflexionar a profundidad, a recordar el placer de la lectura y a reconfortarnos con la alegría de pensar.

El Enigma del Método y el Inconformismo Radical es el reencuentro con la academia apasionada, y el escape de la academia estandarizada y estática; es como un dardo que incomoda por dar justo en el blanco, en la comodidad del consenso y su aburrimiento. Constituye un gran esfuerzo del autor optar por defender fieramente sus ideas en medio de miradas adustas y groseras, reflejo de la cultura de la “no discusión”. De aquí nuestra intención de, animados por la lectura, romper con esa insana tradición, haciendo lo propio con nuestra reflexión sobre este libro.

Para el investigador novato y para quien lo lee, el libro es algo como una descripción de un paisaje desolador, lúgubre y peligroso, a la espera de los valientes que se atrevan a adentrarse en el medio hostil de un cirulo académico establecido. El inconformismo radical constituye una invitación retadora hacia la lucha de las ideas y las convicciones en un ambiente sordo para el pensamiento original. Surge entonces el interrogante de qué tan pertinente es la lectura del libro para quien no tiene la experiencia del autor, pues *El Enigma del Método* es, a todas luces, el resultado de una experiencia personal. Es una obra testimonial.

El Enigma del Método llama a la embriaguez; recordando a Baudelaire, la investigación como modo de vida es la invitación a ser feliz con lo que se hace, es la invitación a recuperar lo que el mundo mismo solo le atribuye a la niñez: la curiosidad. Es la representación de las ganas de pelear, es un llamado al levantamiento, es una pregunta crucial: ¿libertad o dogmatismo?

Muchas veces hemos escuchado que la tarea de un investigador social es la de *comprender* el entramado que configuraron los símbolos, las creencias, los fenómenos y las formas propias de lo social, para luego decir eso mismo en palabras y códigos propios de la disciplina que personifica cada investigador –la economía, la sociología, la ciencia política o el

derecho, por ejemplo—. Algunas veces discutimos las dificultades que encontramos al intentar traducir y exponer la lógica de la teoría del investigador, su esfuerzo interpretativo y la mirada particular que encuentra del objeto de estudio. Pero muy pocas veces deliberamos acerca del porque el pensar académico pareciera estar orientado a desconectar al sujeto investigador de la disposición técnica de la comprensión y la práctica profesional. En medio de tal intento de separación se encuentra el abismo que separa lo que ocurre en el proceso de organizar las ideas, con el esfuerzo de escribirlas y/o transmitir las.

Este libro nos acerca precisamente a la reflexión sobre esa última cuestión. Cada investigador desarrolla diferentes formas de pensar y de organizar el mundo, propias de la dimensión histórica y práctica dentro de la cual se ha formado y vivido y, de acuerdo con éstas, proyecta las formas de trabajo. *El Enigma del Método* se vuelve así una cuestión que no es puramente teórica, separada del mundo que se quiere comprender; más bien, se convierte en un ejercicio de etnografía investigativa, que proyecta en el saber además del plano teórico, el plano de cómo el investigador siente y enfrenta el desafío de investigar. Es decir, implica un distanciamiento de lo que normalmente se dice en los manuales de metodología en las ciencias sociales, en los cuales la mayoría de las veces se da una mirada lineal, sistemática y ordenada del proceso, para discernir todas aquellas actividades propias incluso algunas veces contradictorias de la pre-investigación, la investigación y la post-investigación, las cuales no permiten maquinizar y estandarizar el proceso de acercamiento a las diferentes formas de ampliar, desarrollar o acotar la actividad del investigador.

Aunque en muchos círculos se habla de la compartimentalización del “saber”, poco se discute la compartimentalización del “investigador”, la cual muchas veces pretende separar el mundo del conocimiento, del lugar desde donde se escribe, de quién es, de su historia y sus necesidades, de cómo comprende y con qué temas siente cercanía, y de cómo piensa alcanzar sus sueños y/o enfrentar sus desafíos. Más que una nueva estrategia metodológica de investigación social, el autor nos propone, entre otros desafíos, en primer lugar, el “reto de investigar”, pues es claro que el proceso es personal; en segundo lugar, una hermenéutica de la sospecha, es decir, la explicación consciente de las raíces de las tradiciones teóricas heredadas, o las modas teóricas impulsadas por investigadores o centros de investigación con intereses particulares; en tercer lugar, tener el coraje para mostrar nuestras desavenencias y proponer un pensamiento original, así como el compromiso ineludible que tenemos como investigadores con la búsqueda de la verdad; en cuarto lugar, la emancipación intelectual y, por

último, nos incita a no abandonar la tarea de la producción intelectual, pues solo a través de ésta es posible la discusión y la crítica de las hipótesis propuestas en cualquier campo de investigación.

El inconformismo radical es una incitación a la valentía y al coraje del investigador para enfrentar, más allá de las críticas destructivas, la indiferencia, pues cuando la corriente principal está en auge no hay espacio para el debate. Pero presenta un manifiesto desdén por las reglas seculares, las “recetas” y los manuales, por lo que la cuestión ahora es saber ¿en qué punto el *Enigma del Método* empieza a hacer parte de su misma crítica? Si las decisiones correctas se basaran en ejemplos no existirían las equivocaciones, de modo que temas como la supuesta disyuntiva entre talento y disciplina, la relación aparentemente nociva entre director de tesis y dirigido, lo que esconde en últimas es la proposición de nuevas reglas que se deben cumplir para ser un verdadero inconforme radical y para tener un pensamiento original. Es por esto que el *Enigma del Método* y el *Inconformismo Radical* es, entre otras cosas, un ameno elogio a la dialéctica.

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL:
CRÍTICA Y ALTERNATIVAS A LOS PROCEDIMIENTOS DE
INVESTIGACIÓN CON SUJETO AUSENTE

*Óscar A. Alfonso R.**

Si este trabajo llegó a sus manos y por alguna razón decidió dedicar tiempo y esfuerzo a su estudio, considero pertinente advertirle que se va a enfrentar a un puntilloso ejercicio de reflexión que, en más de un pasaje, lo puede incomodar e incluso ofuscar. Pero si consigue llegar al final, estoy seguro de que los caminos que habremos recorrido juntos le permitirán hacer más soportable la angustia que le está produciendo la elaboración de su investigación y, si es así, habré alcanzado uno de mis propósitos. Eso, por supuesto, si es, como en buena medida lo somos casi todos, un investigador social en potencia.

Estas notas están pensadas para quienes se han decidido a hacer una ruptura con los “modos burocráticos” de adelantar la investigación en ciencias sociales que, muchas veces inclusive sin proponérselo, le cercenan al sujeto de investigación las cualidades que le son más entrañables a su búsqueda de un *pensamiento original*: su curiosidad, su coraje y su visión del mundo. Es decir, a “aquel tipo de persona que piensa y decide conforme a su propia lógica, sin dejarse influir por los designios de los demás” (Murakami 2011, 34). En la fábula de Eduardo Galeano es posible colegir, por ejemplo, las implicaciones sociales de la ausencia de curiosidad y, por tanto, del desdén con la investigación y la consecuente preservación del *statu quo*.

Esos procedimientos se encuentran consignados en las miles de páginas organizadas en un sinnúmero de volúmenes cuya característica general es tener casi todo su contenido en común y en sus títulos, indefectiblemente, alguna alusión a “la metodología de la investigación científica”. Si aún no ha leído ninguno de esos “manuales”, es hora de hacerlo, pero mi sugerencia es que solo lea uno pues, al hacerlo, ya habrá adelantado el contenido de los demás en tanto que son eso, “manuales” que se ocupan siempre de la misma cosa, sin proponerle alguna reflexión de trascendencia. Cuando Henri Lefebvre (1998: 109) propuso que el esfuerzo del pensamiento no es más, pero tampoco menos, que “el paso de la ignorancia al conocimiento”, seguramente estaba consciente de que estaba

* Profesor Titular - Investigador de la Universidad Externado de Colombia. Rafael Barrera, Edna Sastoque y Federico Corredor me beneficiaron con sus críticas y sugerencias siempre creativas. A ellos mi gratitud y aprecio. [oscar.alfonso@uexternado.edu.co].

formulando una idea tan simple como poderosa como para activar en el sujeto de la investigación su búsqueda de la aventura más preciada a ser alguno sobre el planeta: pensar.

La Burocracia

Sixto Martínez hizo el servicio militar en un cuartel de Sevilla.

En el medio del patio de ese cuartel había un banquito. Junto al banquito, un soldado montaba guardia. Nadie sabía por qué se montaba guardia para el banquito. La guardia era hecha porque sí, noche y día, todas las noches, todos los días, y de generación en generación los oficiales transmitían la orden y los soldados obedecían. Nunca nadie cuestionó, ninguno nunca preguntó. Así era hecho, y siempre había sido así.

Y así continuó siendo hecho hasta que alguien, no sé cuál general o coronel, quiso conocer la orden original. Fue preciso revisar los archivos a fondo. Y después de mucho escudriñar, se supo. Hacia treinta y un años, dos meses y cuatro días, que un oficial había mandado montar guardia junto al banquito que había sido recién pintado, para que nadie se sentase en la pintura fresca.

El trabajo que se dispone a leer está pensado para aquellas personas que, como mencioné, son *principiantes* en la investigación en ciencias sociales. Sea que se dispongan a comenzar sus pesquisas académicas para cumplir con algún requisito exigido para acceder a algún título de pre o postgrado o que cuenten con la fortuna de disponer de los recursos humanos y financieros para adelantar la investigación, los principiantes siempre estamos sometidos a la orientación de algún investigador con mayor experiencia y a la crítica de los evaluadores que emiten sus dictámenes, no siempre creativos.

No pretendo tener la última palabra en la materia ni creo ser el primero en preocuparse por el *sujeto de investigación*. Feyerabend fue quien escribió el trabajo pionero. Tampoco pretendo escribir un “manual de investigación científica” o una crónica de “mejores prácticas” en investigación, de manera que si lo que está buscando es eso, lo mejor es que desista de esta lectura en este mismo momento. La razón es que encuentro inaceptable que un esfuerzo socialmente irremplazable, como es la realización de un trabajo inmaterial al que conocemos como la *investigación social*, esfuerzo al que usualmente se le exige que sea original pues en última instancia se busca que mediante su pensamiento el sujeto proponga un aporte relevante a la comprensión de los fenómenos que componen el mundo, pueda ser

moldeado por un “método estándar” consignado en los autodenominados “manuales”.

Los manuales no organizan sino que *destruyen el pensamiento*. Las buenas ideas que no es posible adaptar a esos estándares se desechan y, a continuación, el robot sin sustancia que decide entrenarse en esa forma autómatas de hacer investigación reproduce incesantemente las verdades incontestables con que ha sido programado.

Deseo provocar una discusión entre las personas convencidas de que su pensamiento se debe mover hacia aquellas explicaciones de los fenómenos del mundo que estimulan su *inconformismo*, que según mi parecer, son la fuente primaria de todo conocimiento original. Como estoy convencido de eso, pienso que este trabajo será de utilidad a aquellas personas que desde jóvenes puedan ser advertidas de la necesidad de acumular el coraje necesario para enfrentar los desafíos que le impondrá en el futuro ser originales en sus búsquedas. Sea esta la oportunidad para incitarlos a canalizar desde ya sus energías hacia la práctica fecunda de la investigación social libre de autoritarismos, con la seguridad de que en ella encontrarán la sensación de felicidad que produce el haber alcanzado la libertad que, por su vez, emana de su comprensión del mundo. Es decir, el estado de la emancipación intelectual.

Decidí comenzar a escribir este trabajo en momentos en que adelanto la investigación doctoral. Dispongo de esta versión, aparentemente corta, siete años después. Al hacerlo he tenido la oportunidad de reflexionar sobre mi experiencia en diversos procesos de investigación, algunos más angustiantes que otros. Esa angustia afloró desde mucho antes, cuando me enfrenté a la elaboración de mi trabajo de grado de economista y se acrecentó cuando, después de mucho insistir, Luís Mauricio Cuervo y Samuel Jaramillo me aceptaron como miembro de su equipo de investigadores sobre las cuestiones urbanas y los servicios públicos domiciliarios en el Centro de Investigación y Educación Popular. Y se agudizó cuando Mauricio Pérez me invitó a que asumiera el *Seminario de Preinvestigación* en el que los estudiantes de la Facultad de Economía de la Universidad Externado de Colombia comienzan a elaborar su trabajo de grado: muchas preguntas de ellos, para las que no tenía respuesta, no hicieron más que incrementar mi angustia y, probablemente, a aflorar también en ellos. Por esa misma época coordiné el *Seminario de Investigación I* en la Universidad de los Andes, al que concurrían “investigadores de reconocida trayectoria” en el medio colombiano a compartir sus experiencias con nosotros, los estudiantes. Las discusiones sobre las inclinaciones teóricas de los investigadores y sobre la metodología de la investigación fueron acrecentando mi impaciencia.

Muchos consensos y pocas vías. Por entonces, alguien me invitó a escribir unas notas sobre el *método marxista*, algo que jamás conseguí hacer y que, a decir verdad, creo que ya no lo haré. No sé.

La tensión más inquietante a la que nos enfrentamos los investigadores principiantes surge de la confrontación persistente de nuestro pensamiento con algún estatuto teórico. Una aproximación normativa de lo que en occidente se concibe como *teoría* es aquella que la predica como “conjunto de proposiciones que se hallan enlazadas de manera lógica en un sistema hipotético-deductivo y que están abiertas a verificación o comprobación por medio de la experiencia u observación” (Mardones 1991, 405). Y, sin embargo, tal afirmación jamás ha sido sometida a su prueba de consistencia interna, como tampoco se conoce su verificación por algún método. Puede que esto no tenga que ser así, es decir, que como principio normativo sea *consensualmente* aceptado sin que haya mediado prueba de validez alguna; o que, como en la mayoría de las ocasiones, siempre haya habido un “pecado original” que desencadene alguna pasión. Pero no deja de ser paradójico que tal enunciado se haya consolidado como la férrea regla que orienta las prácticas aceptadas como científicas en nuestros medios. Es lo que conocemos como *la paradoja del mentiroso*. Superar esa paradoja implica, a mi manera de ver, que hay que buscar una nueva noción de la ciencia, que esté en capacidad de integrar diferentes prácticas sociales, búsqueda socialmente necesaria que rebasa las posibilidades reflexivas de un solo hombre.

Propongo, antes de seguir adelante, que científico es todo enunciado que, como resultado de alguna reflexión, es sometido a la crítica y a la autocrítica para detectar el error y que, luego de superado, se torna contestable para cualquier humano, vulgarización que cumple el papel de alentar la emancipación intelectual de las mayorías.

Constato cotidianamente que este esfuerzo carece en la actualidad, y casi por completo, de algún reconocimiento social pues, como verifico a diario, la gente está más ávida por una “receta” para “hacer la investigación”, al punto que un número creciente de mis interlocutores cotidianos, fastidiados con el tipo de provocaciones que sugiero, generalmente se embargan de un positivismo exagerado para encubrir las flaquezas de la fundamentación por la que aún atravesamos, no sin antes aludir burdamente a la insustancialidad de la literatura. Algunos avezados economistas conservadores me han sugerido dedicar mis esfuerzos a la consultoría que, según sus criterios, es más rentable que mi dedicación a la indagación sobre el papel del sujeto en la metodología de la investigación científica. Pero mi pretensión es meramente la de contar con los medios para honrar mis deudas

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

y, a la vez, participar activamente de un debate intelectual que considero más fructífero:

La fundamentación de las ciencias humanas y sociales ha sido problemática desde su aparición. Actualmente vivimos un momento en el que la discusión se ha avivado de nuevo. Para muchos teóricos de la ciencia es la «cuestión candente» (Mardones, 1991: 10).

Intento presentar un pensamiento que sea original pero soy consciente de que si en algo no lo soy es que creo firmemente en una de las tesis de Fuerbach que, reconozco, dejó una impronta en mi vida: la necesidad de comprender para actuar mejor. Y, en esa búsqueda, los científicos sociales que intentamos agudizar nuestra malicia, sabemos que tarde o temprano tendremos que lidiar con la política y que sabemos muy poco de ella. Eso tampoco es muy original, pues acabo de recordar que, para pensarlo, me inspiré en Keynes cuando nos advirtió que las ideas de las personas son más trascendentales para el devenir de la sociedad capitalista que los intereses de sus miembros. De hecho, hoy la humanidad avanza decididamente hacia la biopolítica como modo de producción hegemónico que encarna nuevas prácticas sociales y al que Michael Hardt (2010: 133) define como “la producción de ideas, de información, de imágenes, de conocimientos, de códigos, de lenguajes, de relaciones sociales, de afectos y algunas producciones más en esa línea”.

Me parece tan inquietante la constatación de que “no hay una epistemología ni desarrollada ni aceptada en las ciencias humanas y sociales” (Mardones, 1991: 10) como exigente y corajoso el desafío de tener un pensamiento original en ciencias sociales. Si aceptamos que “el campo de las problemáticas de las ciencias sociales es excesivamente vasto para ser englobado o reducido a una única disciplina; así, de salida, este es pluridisciplinar” (De Bruyne et. al., 1977: 26), a las disciplinas que se ocupan del comportamiento humano, de los fenómenos que afectan a la sociedad y del Estado, les es atribuible el desafío de enriquecer su “dominio especializado” o campo de análisis, de manera que la pluridisciplinariedad se traduce en la búsqueda de otros arreglos sobre las bases conceptuales, los mecanismos de prueba y los criterios de validez de ese pensamiento pluridisciplinar. Esa premisa implica que cualquier intento de totalizaciones en nombre de la “unidad” de la ciencia –a lo que denominamos como “positivismo”- es inalcanzable, de manera que siempre estaremos conviviendo con la heterogeneidad. Esa convivencia no es otra cosa que el ponernos de cara al encuentro de las paradojas, de los hallazgos y de los sobresaltos que nos indican que no existe “un” método científico: recalco que lo que existe es, apropiándome de las palabras surgidas en el diálogo con

Ana Clara Torres Ribeiro, que nos enfrentamos a un “enigma del método” que debemos descifrar.

Probablemente ni el espíritu de la época sea el más propicio para realizar una tarea como la que he emprendido, como tampoco un medio que como el nuestro es bastante hostil. De cualquier manera, ha de quedar claro desde este momento que propongo al *inconformismo radical* como la fuente incesante de estímulo a una práctica investigativa no burocrática y al método como un enigma que debe ser desentrañado. Como tal, es una propuesta provisional abierta al debate crítico cuya replica, siguiendo a Aróstegui, sólo podrá venir cargada de «matizaciones, rectificaciones y recomposiciones» inherentes a cualquier pensamiento que, pretendiendo alcanzar algún estatuto de cientificidad, cumpla con el requisito de la provisionalidad (Lefebvre, 1998: 55-56).

Comenzaré por exponer la noción del *inconformismo radical* en el primer ensayo en el que propongo una aproximación categorial y sus vínculos con el ejercicio de la investigación social como práctica consuetudinaria de quien la ejerce, esto es, del *sujeto de investigación*. Los ensayos finales están dedicados a la discusión del *enigma* subyacente a la conquista del *objeto de investigación* por el investigador social y a la siempre inquietante tarea de la elaboración del *proyecto de investigación* y su desarrollo.

En las discusiones que he logrado dar hasta ahora con los estudiantes que se han expuesto a la lectura de este texto, han resultado críticas igualmente inquietantes. Algunas de ellas me han permitido hacer algunos ajustes a las versiones iniciales. Otras, como aquella que dice que yo rechazo las manuales pero termino haciendo otro, me parece bastante sensata viniendo de estudiantes a los que este texto les ha abierto la curiosidad acerca de lo que dicen los manuales y no dice esta guía. Algunos personajes permanecen deliberadamente en el anonimato, pues creo que sus acciones, más que sus nombres, son las que deben resaltarse en este trabajo, lo que no me impide que eventualmente indique algunos rasgos de sus personalidades.

El coraje para escribir este trabajo se activó en mis conversaciones con Rainer Randolph y Ana Clara Torres Ribeiro, intelectuales brasileños cada vez más comprometidos con el pensamiento crítico latinoamericano. De Pedro Abramo, *orientador* de mi tesis de doctorado, he recibido un estímulo intelectual permanente que, además, nos ha permitido comprender para superar las limitaciones cardiovasculares cada vez más frecuentes entre los corazones efervescentes y las mentes inquietas. Ledilson Lopes, entrañable amigo, compartió generosamente conmigo por meses parte de su tiempo de sus reflexiones para discutir las mías, tiempo en el que además

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

disfrutamos de la intimidad pública de los cariocas. Mauricio Pérez Salazar ha estimulado mis búsquedas intelectuales, estímulo en el que siempre ha relucido su inquebrantable defensa del libre examen. Edna Sastoque, Pacho Giraldo y Rafael Barrera me han brindado su confianza y yo confío en ellos, de manera que seguimos construyendo la amistad. Con Carlos Alonso hemos entablado una fructífera alianza que nos complementa. Nana y Melba me han acompañado con su afecto y comprensión durante todas las etapas por las que atravesaron este trabajo y otros, pero especialmente en mis reiterados desencuentros con algunas personas que sabrán reconocerse en algún apartado de *El enigma del método y el inconformismo radical*. A todos ellos mi gratitud y aprecio.

I

EL CICLO DE VIDA DEL INVESTIGADOR... ¡NUNCA ES TARDE!

Las vocaciones de las personas aparecen de manera temprana o de manera tardía en su vida. Tardía no porque ya no haya nada que hacer para desarrollarla, sino tardía en términos relativos con el despegue de las vocaciones tempranas. Las ventajas de una vocación temprana sobre una tardía no son difíciles de comprender. Una vocación adolescente por la vida sacerdotal, por ejemplo, se puede trancar porque la persona descubre en su madurez que el celibato o el voto de pobreza son precios muy altos que se le imponen y optará por renunciar al clero. Es probable que sea el arcaísmo del celibato el que debiera abolirse en defensa de una excelente vocación. Pero también hay personas que en su madurez y después de haber disfrutado una vida moderada o pagana, concluyen que la vida clerical es la opción a la que querrían dedicar el resto de su vida y, con seguridad, desplegaran todos sus esfuerzos en esa búsqueda. De la misma manera, el administrador y propietario de un bar que descubrió pasados los 30 años de edad que lo que lo hace feliz es correr carreras de largo aliento y escribir novelas, con seguridad no ganará una maratón pues no le interesa y, en cambio, muy probablemente sí ganará el Premio Nobel de Literatura que, entre otras razones, parece que tampoco le interesa ya que en sus escritos lo que aflora es alegría. Simplemente, llegará.

¿Hay algún impedimento para que una persona quiera dedicarse de manera fructífera a la investigación en la edad adulta? En principio ninguno, a no ser que deba enfrentar un medio hostil surgido del espíritu competitivo que motiva a otros investigadores más avezados a imponerle barreras que esa persona tendrá que superar.

Hay personas a las que, además, se les reconoce su talento para la investigación pues gozan de cierta idoneidad para realizar ese ejercicio mental que es la abstracción del mundo con el que es posible formular teorías y conocimientos originales. Esa envidiable cualidad no se encuentra dentro de los premios de la lotería genética, sino que es resultado del estímulo temprano al desarrollo de la curiosidad y el análisis que, a través de los hábitos y la costumbre, moldean la conducta de esas personas y, probablemente, también su cerebro.

Puesto que el talento no hace parte del sorteo del ADN, *nunca es tarde* para comenzar una carrera fructífera como investigador. Justo al inicio del desarrollo de esa vocación tardía, la persona verificará una ausencia de talento que, durante cierto tiempo, lo relegará como en la Época de la Ilustración a seguir las orientaciones de personas aparentemente más

sapientes, estado de sumisión intelectual que tendrá que ser superado con coraje y persistencia. Puesto que la primacía epistemológica en la investigación acerca de la naturaleza y las leyes que rigen los fenómenos sociales la tiene la detección del error de reflexión, el coraje es, siguiendo a Santos Discépolo (2010: 37), la valentía necesaria para reconocerlo y corregirlo.

Adviértase entonces que he invocado la primera cualidad de los mortales que tenemos piel para sentir y cerebro para pensar, que es la de errar y corregir. El error es una fuente de desestímulo intelectual si no se enfrenta adecuadamente pues, en efecto, estamos propensos a incurrir en errores en cualquier momento pero ellos se presentan, con mayor reiteración, en la fase temprana de la vida del investigador.

La capacidad para suplir la aparente ausencia de talento proviene del coraje con que la persona enfrenta el desafío mencionado y de la persistencia en sus búsquedas. Pero queda por resolver la cuestión de lo que nos incita, de manera temprana o de manera tardía, a dedicar nuestros esfuerzos intelectuales a la investigación. El deseo de comprender es el principal detonante de la curiosidad, que es la que nos impulsa a formularnos interrogantes cuya respuesta no se encuentra a la vista, en cualquier documento o libro, ni en el cerebro de algún director de tesis. De hecho, esa necesidad es la misma fuente del pensamiento original.

En el momento en que esa necesidad se activa, comienza una lucha intelectual por obtener respuestas satisfactorias a las cuestiones formuladas que, cuando son validadas socialmente, se incorporan a la *producción intelectual* (π) de la persona, y ella reconoce que está bebiendo de una fuente inagotable que le permite saciar esa sed que distingue a los hombres que pretenden inmortalizarse de aquellos que solo tenemos la piel para sentir y nuestro cerebro para pensar: la sed de honores. Ese narcisismo de los investigadores con talento es tan longevo como ellos mismos, no así su talento y, por tanto, su producción intelectual va a decaer tarde o temprano pues, en ocasiones, ella pende de pocas ideas. Ideas geniales, por supuesto. Pero la producción intelectual de algunos intelectuales es prolífica pues, al igual que para el personaje de *IQ84* de Murakami (2011, 37) para quien “lo único que sabía era que necesitaba escribir todo los días. Escribir era para él como respirar”; esas personas siempre tienen algo de trascendencia que decirle a la sociedad.

Sabemos reconocer cataclismos intelectuales en la historia de la ciencia y de la humanidad que, con una escasa producción intelectual, han conseguido influir secularmente en el pensamiento de la humanidad. Su estilo literario, su estrategia expositiva y su visión del mundo, han sido

empleadas para imponer en cada frase alguna premisa filosófica que aún mueve al mundo o a alguna parte de él. También hay obras casuales levantadas con un uso del idioma criticable pero que, por cuenta de la escasez de otros pensamientos sobre la materia, alcanzan cierta trascendencia. En adelante aludiré a los investigadores del común que no hacen parte del club de los cataclismos intelectuales.

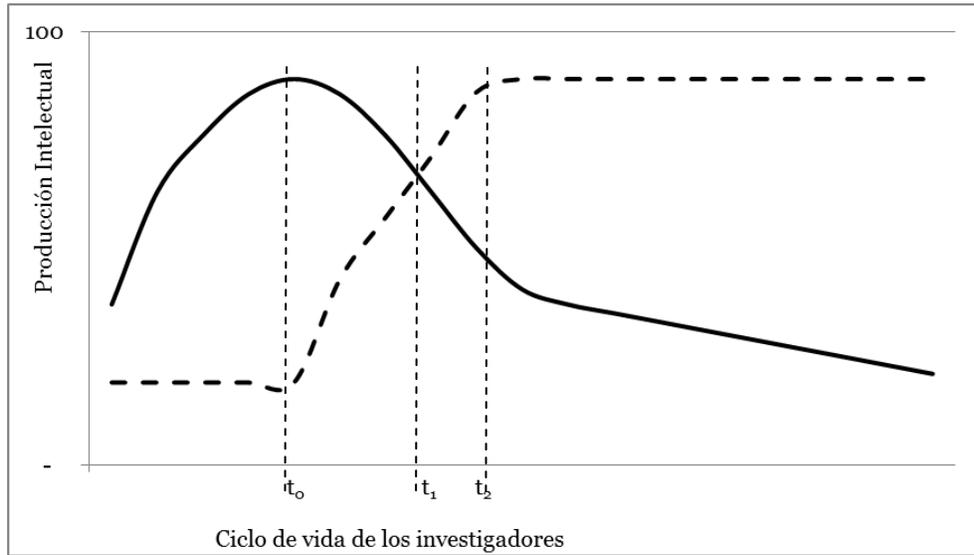
En la producción intelectual se revela el ciclo de vida de esos investigadores. Ella la compone ese conjunto de actividades de socialización del conocimiento que el investigador incorpora en su quehacer cotidiano y que cualifican su mundo inmaterial, esto es, sus libros o su participación en ellos, los artículos y las ponencias, así como las imágenes y los sonidos. Esa producción tiene la potencia para generar afectos y hostilidades pues es reflejo de lo que el investigador es y, como es bien sabido, no tenemos por qué agradarle a las demás personas ni que se sientan a gusto con lo que expresamos. Pero, de una u otra forma, tal producción se imbrica en la biopolítica¹ que le propone nuevas relaciones a la sociedad.

En la Figura 1 ilustro lo que hipotéticamente sería el ciclo de vida del investigador, no de su vida quede claro, construido de manera pragmática con base en su producción intelectual validada socialmente. La producción intelectual del investigador talentoso (π_t) sigue un derrotero bien diferente a la del investigador corajoso (π_c) que comienza de manera tardía a recorrer ese sendero. Al representar esos ciclos en una sola imagen lo hago suponiendo que ellos se desenvuelven en una misma esfera intelectual y que, por tanto, tienen contactos periódicos y episodios de encuentro y de desencuentro. Esa representación hipotética permite, además, una aproximación a las conductas de esos investigadores en relación consigo mismos (la personalidad) y con los demás (el colegaje).

La fase de la activación del talento va hasta t_0 , en la que el desdén del investigador corajoso contrasta con la parsimonia del crecimiento de la producción intelectual del investigador talentoso. Las interacciones son escasas debido, precisamente, a ese desdén que sitúa a π_c en niveles ínfimos, mientras que el ascenso de π_t es notable. Con el fin de hacer más elocuente esa representación hipotética, sugiero que π_t adquiere su máximo y comienza a decaer a partir de t_0 cuando algún estímulo hace que π_c inicie su fase ascendente.

¹ Hardt (2010, 133) se refiere a la biopolítica como el concepto que resume “la producción de ideas, de información, de imágenes, de conocimientos, de códigos, de lenguajes, de relaciones sociales, de afectos y algunas producciones más en esa línea”.

Figura 1
Un ciclo de vida hipotético de dos investigadores



Hasta entonces, la primacía intelectual de π_t sobre π_c se incrementa tornándose máxima en t_0 y, a partir de allí, tal primacía se comienza a ejercer pues, además de que el investigador talentoso goza de un desarrollo intelectual superior al del investigador corajoso, este último comienza a dar sus primeros pasos para salir de su desdén con la investigación y encuentra en la producción intelectual del primero sus referencias intelectuales primarias. En esa fase opera algo semejante a la lógica de la iluminación.

El proceso que conduce al ignorante a la ciencia y a las clases bajas a la vida moderna del progreso republicano se afirma en realidad en la brecha que separa la inteligencia del maestro de la inteligencia del ignorante. Lo que separa al primero del segundo es sencillamente el conocimiento de la ignorancia. Este es el principio de la desigualdad (Rancière, 2010: 168).

En el momento t_0 la brecha es máxima y comienza a contraerse, con lo que se anuncia la subversión del orden que proclamó la primacía intelectual del talentoso investigador sobre el tardío investigador hasta ese momento inferiorizado. Esa contracción obedece a dos movimientos simultáneos de trascendencia para el devenir de la ciencia. De un lado, la “convicción personal de un individuo inconformista” (Rancière, 2010: 169) le ha permitido el despegue que, echando mano de la expresión de Zizek (2011: 240) es como “un glorioso amanecer mental” que se capta en la fase

ascendente de π_c , mientras que el conformismo con el acumulado intelectual y el agotamiento del talento torna decadente a π_t .

La lógica de la emancipación intelectual, esto es, “la capacidad de cualquiera de estar donde no puede estar y de hacer lo que no puede hacer” (Rancière, 2010: 171) no obedece ninguna regla de conducta vinculada a la satisfacción de alguna necesidad histórica como, por ejemplo, la necesidad de honores. Ella emana de las convicciones fuertes del investigador tardío acerca de las virtudes de la auto-crítica y del poder de su autonomía que, en algunas ocasiones, goza del estímulo sincero de los verdaderos intelectuales que son unos mortales que tienen mucho que dar y lo hacen con gusto. En otras, pseudo-intelectuales enquistados en la academia se encargarán de imponer barreras artificiales mediante el empleo de jergas confusas para entorpecer deliberadamente el sendero de π_c .

Los movimientos de decadencia y de apogeo que se representan a partir de t_0 entrañan cierta tensión que, en no pocas ocasiones, se revierte en la hostilidad hacia el investigador tardío, motivada no solo por su reiterada figuración en los foros académicos y por el brío renovado propio de quien comienza la carrera de largo aliento que es la vida académica y que le permite ultrapasar a quienes gastaron sus recursos de talento en su edad temprana y no hicieron reservas para su edad madura. Esa tensión no es impertérrita pues, al aproximarse t_1 , la hostilidad disminuye y puede desaparecer en la medida que se aproxima otro momento glorioso: el de la emancipación intelectual.

Al revertirse la primacía intelectual, el investigador tardío habrá logrado imponerse, esto es, dejar atrás la pesada carga de la inferioridad intelectual, debiendo encarar la hostilidad del medio de los investigadores reputados que desconocen hasta donde él podrá llegar. Él es considerado como una amenaza al *statu quo*, a ese orden de los investigadores con ánimo de inmortalización temprana que necesitan rodearse de áulicos que acostumbran, además, imitar sus tonos de voz al hablar y sus giros gramaticales al escribir. Por supuesto, también piensan como ellos. Pero ese reino ha sido subvertido por un personaje extraño que tiene substancia, arraigo y que, en la mayoría de las ocasiones, persigue intereses nobles, tanto que tiene por costumbre respetar la autoridad intelectual así como a diario se empeña en rechazar la autoridad burocrática.

A partir de t_1 entran a operar dos fuerzas internas en cada investigador que en ocasiones lo conducen al antagonismo y al conflicto. Toda interacción humana es conflictiva, la cuestión de trascendencia es cómo superarla, si de manera tranquila o de manera violenta. Puesto que la emancipación intelectual es irreversible, el entusiasmo del investigador

tardío es incontenible y, por ello, π_c sigue un sendero cualitativamente ascendente. En el intertanto, la constatación autocrítica del agotamiento del talento que a diario se expresa en el hastío, torna a π_t cualitativa y cuantitativamente decadente, lo que no obsta para que continúe reclamando honores. Es a partir de ese momento cuando los lentes con los que ven la vida los diferencian cada vez más, pues mientras el primero luce un telescopio, el segundo no se despega de su espejo retrovisor.

Adviértase en este momento que la situación hipotética que he sugerido, no por hipotética deja de ser poco creíble. Por el contrario, denota unas conductas cada vez más frecuentes en medios carentes de debate y con sistemas académicos y de promoción de la investigación diseñados para imponer la autoridad burocrática. Otros medios y otras conductas son plausibles de pensar. En la Figura 3 se presenta una situación en la que el investigador tardío espera hasta el ostracismo del investigador talentoso para atreverse a pensar por sí mismo. El resultado en materia de producción intelectual es positivo, pero no del alcance de los que se lanzan con coraje a la tarea de su emancipación temprana.

Un caso de emancipación temprana se presenta en la Figura 3. Uno de los rasgos diferenciadores de una situación de tal naturaleza en relación con las que previamente sugerí, es que el nivel de la producción intelectual del investigador talentoso va a ser superado por el de su par, resultado socialmente deseable y, por demás, factible. Las tensiones son de menor duración e intensidad, así como las diferencias cualitativas de los resultados de investigación, relaciones que tienen la potencia de relajar los espíritus narcisos para propiciar, en su defecto, alianzas intelectuales con la potencia de detonar nuevos caminos para el desarrollo intelectual de los investigadores comprometidos.

Solo hasta ahora he invocado la noción del desarrollo intelectual pues considero que existe una brecha con la producción intelectual. Con frecuencia nos deparamos con personas muy sabientes, según dicen, pero cuyo pensamiento se desconoce. Son intelectuales en la clandestinidad, aunque también hay casos de anemia intelectual en grado agudo. Ora por pereza, ora por desdén con el hábito de la escritura, su legado es muy modesto, al igual que el de pseudo-intelectuales que se amparan en esa conducta para subsistir como parásitos en intestinos burocráticos complacientes. Mientras tanto, en la producción intelectual de uno u otro investigador, en sus ponencias, artículos, capítulos o libros, son discernibles sus búsquedas en las que también se exponen sus errores. Pero como la primacía epistemológica la tiene la detección y el reconocimiento del error, ello se alcanza con la exposición a la crítica y no con el cómodo

recogimiento en las huestes del pensamiento clandestino. Por tanto, nunca es tarde... ¡atrévase a errar!

Figura 2
Ciclo de vida hipotético de dos investigadores bajo la premisa de la sumisión/inferiorización persistente

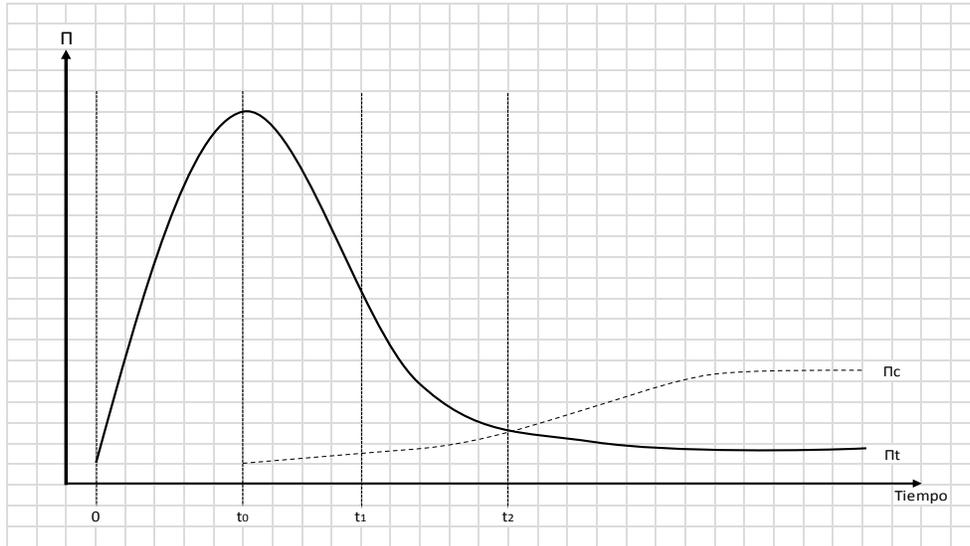
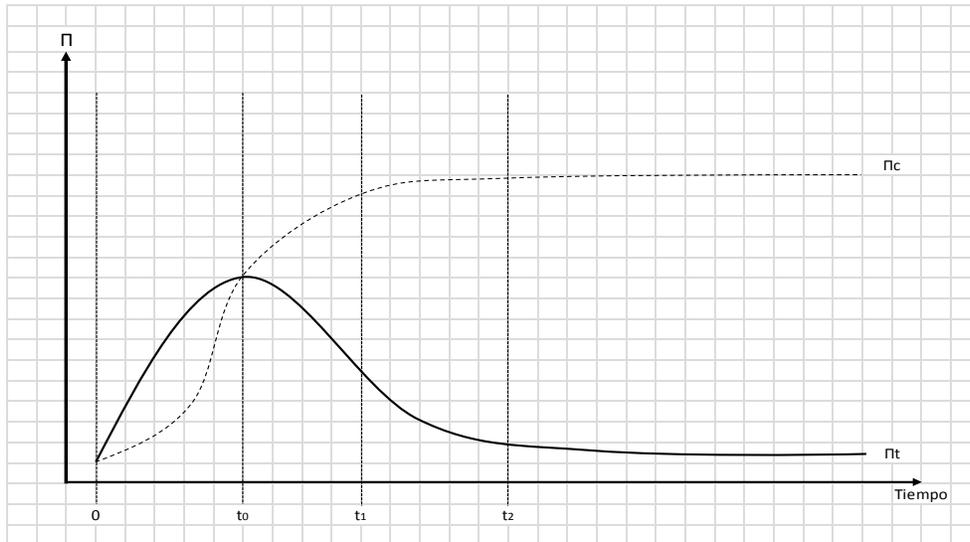


Figura 3
Ciclo de vida hipotético de dos investigadores bajo la premisa de la emancipación temprana



II

LA CONVICCIÓN PERSONAL COMO FUENTE DEL INCONFORMISMO

No me canso de recordar a Facundo Cabral cuando ironiza que “aquel que trabaja en lo que no le gusta es como si fuera un desempleado”. En esa misma dirección, Murakami advierte que las tareas que nos son impuestas y que debemos realizar a disgusto, son las menos productivas y que, habiendo él comenzado más tarde que el común su vida de maratonista y novelista, “las personas tal vez intenten detenerme, y convencerme de que estoy equivocado, pero no voy a cambiar” (Murakami, 2010: 127). Tiene que existir una profunda *convicción* para que él no esté dispuesto a volver a su trabajo como administrador/propietario de un bar de jazz en Tokio.

En términos de Facundo, su sentencia resume en buena medida la tragedia que para un inmenso número de familias del subcontinente latinoamericano significa la desigualdad económica y que revela su cara social en el subempleo de sus perceptores de ingreso y en un régimen de bajas remuneraciones al trabajo. Traigo a colación tal sentencia para proponer la identificación de una primera fuente de angustia del sujeto de investigación que va a marcar la diferencia entre aquellas pesquisas cuyo objeto fue seleccionado por él mismo y aquellas en las que le fue propuesto por un agente externo, generalmente el director o, cada vez con más frecuencia, por agencias que tienen interés en alguna problemática. No me voy a ocupar de la probable, y por demás sospechosa coincidencia de intereses que comúnmente se esgrime cuando acontecen esas últimas opciones.

En el plano intelectual, como en ningún otro, “la producción no crea pues únicamente un objeto para el sujeto, también crea un sujeto para el objeto” (Hardt, 2010: 141). Nosotros construimos un objeto de investigación y en el esfuerzo cotidiano de comprensión terminamos amalgamándonos con él y, por ello, fortalecemos cotidianamente la convicción de que las explicaciones que se nos han ofrecido o están erradas o son tan simples que bordean la inocencia. Surge entonces el *inconformismo* con las explicaciones recurrentes y la *convicción* de que con un esfuerzo intelectual de nuestra parte es posible alcanzar explicaciones más creíbles y menos reduccionistas que nos encaminan hacia un *pensamiento original*.

Cuando el objeto de la investigación del sujeto hace parte de la agenda de pesquisa del “director”, los resultados esperados son los mismos que se pueden predecir de un ejercicio autoritario de la práctica académica que anuló el pensamiento del investigador y doblegó su voluntad para ponerlo al servicio de un interés ajeno. En ocasiones, eso puede ocurrir como

resultado de algún encantamiento del investigador con la grandeza del narcisismo del “director” que, según mi parecer, es inversamente proporcional a la *originalidad* de su pensamiento. Otro tanto ocurre cuando es alguna agencia la que propone el objeto, generalmente administradora de ciertos fondos de financiación que escasean en el medio de la investigación social, y cuyos directores tienen algún interés del que difícilmente se van a desprender, pues los resultados esperados se asimilan cada vez más a los que se le exigen a un consultor en términos del “producto de su trabajo”. En esas circunstancias, ojalá amenas y sin mayores tensiones para algún tipo de investigador, su pensamiento se vulgariza.

El primer requisito de la *originalidad* de un pensamiento es que el objeto de investigación sea del agrado del sujeto que, según mi entender, tiene como condición insoslayable que sea pensado y reconstruido por él mismo. Si consigue hacer de su objeto de investigación algo propio y no impostado, habrá dado el primer paso en el camino que recorrerá en su investigación que, seguramente, será prolífica en esclarecimientos que podrá escribir con claridad. La inevitable angustia que le produjo la incertidumbre inicial comenzará a mutar hacia el sosiego de quien tiene la seguridad de haber elaborado un objeto de investigación trascendente. Siguiendo al joven intelectual carioca *Gabriel El Pensador*, le anticipo que en ese momento Usted disfrutará de la alegría de ser Usted mismo, condición irrefutable de la *autenticidad* pero, al cabo de su investigación, comprobará que dejó de ser el mismo de antes, resultado inquebrantable de su *personalidad*. Usted es Usted y siempre será Usted, pero no será el mismo después de que alcance su emancipación intelectual.

En el tránsito de la angustia al sosiego se afrontan variados desafíos. No hay nada más aburrido que una vida sin desafíos. En primer lugar, el *inconformismo original* que puso a prueba su coraje, puesto que desde el mismo momento en que lo manifestó comenzó a enfrentar un sinnúmero de críticas, constructivas o destructivas, lo conducirá a una búsqueda sistemática de evidencias teóricas para su reforzamiento en el que sus hábitos intelectuales acompañarán la curiosidad y la sospecha innatas en su personalidad de investigador. Esto es, que como sujeto de investigación reconoce que no está sólo en el mundo, que otras personas con cualidades semejantes ya recorrieron un trecho de ese camino que intenta volver a andar y que su trabajo consiste en abrir nuevas vías para la comprensión de los fenómenos sociales. El investigador no “ignora el conocimiento adquirido”, lo critica y lo emplea para cuestionarse e identificar el error y el medio para superarlo (Bordieu, et. al., 2000: 11).

Es en ese momento cuando ocurre la mutación de forma y de función del personaje que, hasta ahora y entre comillas, he denominado como comúnmente se hace, el “director” de la investigación. Esa mutación ocurre en la interacción entre el investigador social, que dispone de su inconformismo para proponer un pensamiento original, y de su *orientador* que, en lo fundamental, lo acompaña en su “vigilancia epistemológica”². Soy consciente de la imposibilidad de reducir la complejidad de la interacción entre los seres humanos a una mera función y, aclaro, no es lo que pretendo con mi proposición. Lo que quiero precisar es la naturaleza del desafío con una visión que permita abordarlo con mayor claridad. Esa no es una cuestión trivial pues, por el contrario, su trascendencia se constata en las variadas implicaciones que tiene para la investigación y para el investigador social.

En el primer caso, Eco (2001: 66-68) ha advertido que uno de los problemas más trascendentes de una interacción continua y subordinada entre orientador y orientado es la imposibilidad de distinguir al finalizar la investigación cuál es el pensamiento de cada cual, tensión que tampoco se puede reducir a una simple pugna de derechos autorales sino que pone en cuestión la integridad intelectual de los interactuantes. En el medio que más conozco se ha llegado al extremo de que los “directores” suscriben con sus dirigidos los trabajos de grado de estos últimos cuando de publicar o de asistir a algún evento científico se trata, bajo el pretexto precisamente de los “aportes intelectuales” que le hizo, situación que pone en evidencia el autoritarismo del personaje y cuestiona la existencia de algún postulado ético en esa práctica.

La calidad de la interacción entre el orientador y el orientado se revela en el grado de *radicalización* del *inconformismo original* del segundo; es decir, que si el *inconformismo original* no fue sometido al tamiz de algún estatuto de cientificidad acompañado de manera erudita por el orientador, el investigador, además de incurrir en el riesgo de que su pensamiento se encamine hacia la banalidad de un conocimiento metafísico, corroborará con desasosiego que no valía la pena abordar ningún desafío pues, tal como se presentaba inicialmente, ya era en apariencia suficiente para abordar una comprensión alternativa del mundo.

Por el contrario, el *inconformismo radical* es la llama que ilumina un camino fructífero de investigación que, en las manos del investigador, se convierte en el estímulo permanente de sus búsquedas de comprensión del

² La noción de la *vigilancia intelectual* alude a la manera como la “explicitación metódica de las problemáticas y principios de construcción del objeto que son involucrados tanto en lo material, como en el nuevo tratamiento que le es aplicado” (Bordieu, et. al., 2000: 49).

mundo y que, poco a poco, le transmitirán la sensación de estar detentando mayor libertad que los demás, esto es, de estarse emancipando. La emancipación intelectual es una hipótesis con rasgos poéticos que expresa nuestra convicción en lo que hacemos y que se desenvuelve como parte del “crecimiento autónomo del espacio de lo común creado por la libre asociación de hombres y mujeres que [ponen] en vigor el principio igualitario” (Rancière, 2010: 177).

El pensamiento *original* surgido del *inconformismo radical* es expuesto vigorosamente por el investigador, ya que no es un pensamiento concluyente e irrefutable pues, por el contrario, para que sea reputado como científico debe reunir las características de provisionalidad y contestabilidad (Lefebvre, 1998: 55-56). Eso lo diferencia de aquel pensamiento con pretensiones totalitarias que se torna dubitativo al revelarse sus falacias. Si tengo alguna certeza de que transmitir es esa, la de que no debe existir reproche alguno a un investigador que presente su investigación con el carácter de un pensamiento original que, no obstante, es provisional y que está en espera de ser criticado. Por el contrario, aquellas investigaciones que al final ofrecen *conclusiones* infecundas de ideas para nuevas búsquedas, son las menos propicias para reiniciar el ciclo virtuoso del inconformismo. Los investigadores que defienden con vigor un pensamiento provisional y contestable son aquellos en los que reconozco una legítima autoridad académica y que se distinguen de aquellos que, ilusoriamente, ejercen un autoritarismo burocrático prescindiendo de la apropiación crítica del pensamiento ajeno.

La trayectoria de la investigación queda marcada por la actitud del investigador de cara a su *inconformismo radical*. Su pensamiento original se deposita en unas páginas que visita y revisita permanentemente y que, como en un *palimpsesto*, reescribe total o parcialmente, de manera que la provisionalidad de la construcción argumental se pone en evidencia en el número de versiones que sobre un capítulo o un trecho de un capítulo acumula el investigador. Por ninguna razón esos textos preliminares deben ser olvidados y mucho menos destruidos pues, cuando ello ocurre, se está destruyendo una parte de su pensamiento. Por más que se aparten de su presentación final provisional, esos textos son depositarios de los movimientos del pensamiento que asumió para identificar el error y la forma de superarlo (Bordieu et. al., 2000: 101).

Al llegar a este punto de la discusión, considero que se debe hacer un alto para precisar la cuestión de si en verdad es su *inconformismo radical* el que mueve su pensamiento hacia lo desconocido o inadecuadamente explicado hasta ahora. Es probable que nunca haya pensado tal cuestión en

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

los términos que le propongo y que ahora, al hacerlo, encuentre que el ejercicio de introspección que le sugiero lo va a incomodar tanto que es mejor continuar sus búsquedas por otro camino lo cual considero, por demás, totalmente legítimo. Pero es el momento de hacer la elección y reforzar así sus convicciones, cualesquiera que ellas sean. Por mi parte, lo invito a continuar porque, además, vivo desilusionado con el estado actual de las cosas y, siguiendo a Valadier (1996: 9) “en un período de desilusión como el nuestro, la desilusión es el lugar de las grandes construcciones teóricas”.

III

EL INCONFORMISMO RADICAL Y LA CRÍTICA ACADÉMICA

Esa exposición final de carácter provisional, según he dicho, debe ser contestable pues está siempre sometida a la crítica. En desarrollo de esa práctica se van a encontrar, como se advirtió, posturas creativas o destructivas, y ambas modalidades de crítica pueden ser aprovechadas en favor de un pensamiento de mayor trascendencia relacionado con la explicación de los fenómenos que componen el objeto de investigación. Generalmente la crítica constructiva sugiere alternativas de exploración teórica o de constatación de hechos, mientras que la crítica destructiva acostumbra iniciar el ataque al pensamiento ajeno con el argumento de la intrascendencia del objeto para después rematar con alguna alusión a la inviabilidad metodológica de la investigación o de lo incompleto de su reflexión. Cuando eso se torna insuficiente para acallar el pensamiento del inconforme, la crítica destructiva acostumbra a esgrimir el argumento de la supuesta necesidad de algún protocolo estadístico exacerbado, pues en la mayoría de las veces es desconocido en el medio. Cuando adoptan esas estrategias, los críticos destructivos no hacen más que delatar su mediocridad e incompetencia:

Toda obra monumental puede ser criticada mezquinamente, pero no por el monumento que no admite discusión sino por el detalle que no tiene importancia, el detalle tan chiquito como el que lo critica...es la lupa del mal humor y de la mala voluntad (Santos Discépolo, 2010: 87-88).

Pero el investigador también puede encontrar el valor de esa crítica destructiva en la medida que la consiga asimilar como parte del disenso que surge como reacción inmanente a su *inconformismo radical* y que le exige aún más coraje para no rendirse ante ella.

Ya que decidió seguir adelante, le propongo continuar la reflexión a partir de la siguiente cuestión: ¿qué pretendemos cuando decidimos exponer nuestro pensamiento a la crítica académica? Nada diferente a mantener el control sobre nuestra investigación. No se extrañe si piensa que hay alguna contradicción en ello pues, en efecto, la práctica de la investigación en ciencias sociales nos enseña, de manera incesante, que el aparente poder desestabilizador de la crítica externa en realidad es un estímulo irremplazable de nuestra capacidad autocrítica lo que implica, además, que no puede esperar que la crítica externa sea creativa si previamente no realizó ese exigente ejercicio de la autocrítica pues, siguiendo los términos sugeridos por Keynes en la parte conclusiva de la *Teoría General*, no existen

límites a las tonterías que uno puede decir cuando se dedica a pensar solo los fenómenos que componen el mundo.

No faltará, obviamente, al que se le ocurra gastar su tiempo en documentar las experiencias de notables pensadores que en loable aislamiento produjeron tal o cual tipo de obras que, aparentemente, significaron un adelanto científico para la humanidad para, a través de sus reflexiones, contradecir lo dicho hasta banalizar el ejercicio de la crítica académica. Pero Usted también está en capacidad de hacer esa búsqueda para, al final, comprobar que tales “adelantos” engrosan el acervo del pensamiento metafísico que, secularmente, permanece intacto e incontestado. Por mi parte, he encontrado en el preámbulo a la obra cumbre de Piero Sraffa una fuente de inspiración inquietante acerca de la crítica y el colegaje intelectual:

Mi máxima deuda se refiere al Profesor A. S. Besicovitch por la inapreciable ayuda matemática que me ha prestado durante muchos años. También estoy en deuda, por una ayuda similar en períodos diferentes, con el fallecido Mr. Frank Ramsey y con Mr. Alister Watson. Resultará perfectamente claro que no siempre he seguido los consejos expertos que se me dieron; en particular, respecto del sistema de notación adoptado, que he insistido en mantener para que pudiera ser seguido fácilmente por los lectores no matemáticos (aunque admito que está expuesto a objeciones en algunos aspectos) (Sraffa, 1965: 13).

Cada vez es más frecuente encontrarse con investigadores principiantes, altivos en su ignorancia, que detrás de un supuesto interés por la búsqueda de la verdad y el conocimiento ocultan su auténtico interés de recrear y acrecentar su vanidad en narcisos ambientes pseudo-académicos, lo que contrasta con la honestidad intelectual y la modestia del profesor Sraffa. En esa conducta altiva no hay ninguna novedad pues, a manera de ejemplo, ya hacia finales del siglo XVIII Kant concluyó los *Prolegómenos a toda metafísica del futuro* con singular sentencia al respecto: “hombres débiles, declararéis que os interesáis solamente por la verdad y la extensión del conocimiento; pero, de hecho, os ocupa solamente vuestra vanidad”. Tal conducta solo puede perdurar si se acompaña de una persistente desvalorización de la exposición a la *crítica académica* que, de llegar a hacer metástasis en los cuerpos académicos, implica inequívocamente la banalización del conocimiento.

El *inconforme radical* ausculta los “papers” encubiertos a la *crítica académica* con escepticismo, pero también lo puede hacer con el entusiasmo de encontrar los lectores cualificados ante quienes exponer los suyos, pues él sabe que no está solo en el universo y que el bagaje bibliográfico de ellos seguramente le facilitará su búsqueda de originalidad. Es probable que la decepción sobrevenga más pronto de lo esperado pero, de cualquier manera,

vale la pena la pesquisa con la que nos podemos familiarizar con el tipo de métodos que se practican. La cuestión ahora es ¿qué entendemos por *crítica académica* y qué podemos esperar de ella?

La formación de *criterios* sobre la vida y el universo es algo común a todas las personas pero, para el investigador social, constituye un esfuerzo perenne que le demanda mucha paciencia pues son los que le agudizarán su pensamiento delante de la búsqueda indeclinable de la verdad y del descubrimiento del error que le es inmanente. No hay convicciones que no se funden en criterios y solo recurriendo a ellos podrá emitir *juicios*, es decir, *criticar*, de manera que al hacerlo las personas ponen en juego su capacidad de discernimiento pues el juicio es, en lo relevante para nuestra argumentación:

[La] facultad fundamental del pensamiento humano que consiste en el conjunto de condiciones que tornan posible el funcionamiento del pensamiento y su aplicación a objetos (Japiassú y Marcondes, 1996: 151).

Juzgar es un “arte” al que se conoce como *crítica* y que ocupó, por ejemplo, el pensamiento de Immanuel Kant en su sentido filosófico: el *análisis*. Con la *Crítica a la razón pura*, también denominada como “razón teórica”, propuso “definir la fuente, las formas y los límites de todo conocimiento humano”, y en la *Crítica a la razón práctica* se ocupa de la “fundamentación ética” para “determinar la naturaleza de la moral y el tipo de adhesión que los principios prácticos comportan”, mientras que en la *Crítica del juicio* se interesó por el “análisis del juicio estético, o del gusto” (Japiassú y Marcondes, 1996: 59). Los fundamentos de la ciencia y las posibilidades del conocimiento en la obra de Kant, hasta donde conozco, fueron sintetizados en grandes tesis en una carta a un colega en la que, por demás, anunciaba la conclusión de su tercera *Crítica*:

Cuando alguna vez no sé bien cómo organizar el método de investigación sobre un objeto, no tengo más que volver la vista a aquella anotación general de los elementos del conocimiento y de las facultades del espíritu que le corresponden, para recibir aclaraciones que no esperaba. Así, me ocupo ahora de la *Crítica del gusto*, con cuya ocasión se descubre otra clase de principios *a priori* que los descubiertos hasta ahora, pues las facultades del espíritu son tres: facultades de conocer, sentimiento del placer y el dolor, y facultad de desear. Para la primera he encontrado principios *a priori* en la *Crítica de la razón pura* (teórica); para la tercera, en la *Crítica de la razón práctica*. Los estoy buscando también para el segundo y, aunque antes pensaba que era imposible encontrarlos, sin embargo, lo sistemático que el análisis de las facultades hasta aquí consideradas me ha hecho descubrir en el espíritu humano, y que me proporcionará, para el resto de mi vida, materia bastante para admirar y aun, en lo posible, para fundamentar, me ha puesto

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

en el camino; así que ahora reconozco tres partes de la filosofía, cada una de las cuales tiene sus principios *a priori*, que se pueden enumerar. Se puede también determinar con seguridad la extensión de los conocimientos posibles de esa manera: son esas partes la filosofía teórica, la teleología y la filosofía práctica, de las cuales, desde luego, la de en medio se encuentra la más pobre en fundamento de determinación *a priori*. Esta, bajo el título de *Crítica del gusto*, pienso que estará acabada en manuscrito, aunque no en la impresión, para la Pascua de resurrección (F. Larroyo, citando a Kant, 1991: 171).

El espacio y el tiempo, las categorías del entendimiento y la razón, configuran ese abanico *a priori* a los que Kant recurre para proponer el *criticismo* con el que intenta instaurar un “justo uso de la razón” cuando de dos peligros se trata:

- a) el peligro del *dogmatismo*, que confía demasiado en la razón, sin desconfiar lo suficiente de las ilusiones especulativas;
- b) el peligro del *empirismo* que, por miedo a los errores dogmáticos, tiende a reducir todo a la experiencia (Japiassú y Marcondes, 1996: 60).

Extrañamente, algunas comunidades científicas pasan por alto esos peligros aunque estén latentes en sus prácticas y los sujetos de la investigación tengan consciencia de ello³. Pero es una conducta consciente, un comportamiento deliberado motivado por algún interés. Si ello se debiera meramente a la sensación de confort que produce situarse en una especie de panóptico desde el que se ojea despectivamente al *criticismo*, bastaría con que el paso del tiempo se encargue de corromper tal pensamiento al punto de la auto-aniquilación. Pero, entonces, ¿por qué razón pervive y se reproduce el *acriticismo*? Puede ser debido a la intimidación que sucede al autoritarismo con que se enuncian los dogmas. También porque el “*morbus mathematicus*” que invade al empirismo es incontestable. Tal vez se deba a la tolerancia de la sociedad consistente con el hastío y el agotamiento de los otrora críticos que libraron batallas cuál Quijote contra los molinos de viento, pero que en la era de la *biopolítica* como en ninguna otra es una conducta inaceptable. De manera que debemos explorar otras explicaciones y la que, según mi juicio, es más razonable, es la que paso a enunciar.

Lo que se denomina como “comunidad científica” adquiere visibilidad cuando propicia espacios para la discusión crítica de la investigación y tales espacios se reeditan con tal periodicidad y son tan

³ Para una reflexión crítica sobre las comunidades científicas ver Schoijet (2008, 245-281).

reconocidos que crean un ambiente expectante para el investigador que quiere ser escuchado. Hay una considerable variedad de esos espacios para la crítica académica. Schoijet (2008) se encarga, por ejemplo, de denunciar la Campaña Color Café, sus auspiciadores, sus estrategias y sus fines en cuanto persiguen, no solo el descrédito de los científicos del cambio climático y sus hallazgos, sino de las comunidades rivales a las que pertenecen.

Cuando hay una colusión tácita o explícita de ciertos individuos para reafirmar en el medio académico una aproximación teórica y un pensamiento único para explicar algún objeto de investigación, nos encontramos en presencia del medio ortodoxo en el que el narcisismo se refuerza y en el que solo puede esperar que la crítica degenera en la estimación de sus pares y en el elogio desmedido pues, al fin y al cabo, su trabajo no hace más que reeditar lo ya dicho por cierta ideología. Debe haber miles, cientos de miles y tal vez hasta millones de personas trabajando en el pensamiento único. Eso no es extraño pues, a la manera orwelliana como Murakami describe un oráculo japonés del pensamiento único como la hacienda Takashima, la militancia allí puede resultar muy ventajosa al nivel individual, pero desastrosa en el plano colectivo:

Takashima lo que hace es producir robots incapaces de pensar. Extrae de las cabezas de la gente el circuito que les permite pensar por sí mismos. Es el mismo mundo que George Orwell describió en su novela. Pero, como ya sabrás, no son pocos los que buscan por propia voluntad ese estado de muerte cerebral, ya que no hay duda de que así es más cómodo. No necesitan devanarse los sesos con complicaciones; sólo tienen que obedecer lo que les dicen los de arriba. Nunca se quedarán sin un medio de subsistencia (Murakami, 2011: 163).

Pero hay una elite resguardada en el núcleo duro de las teorías que lo respaldan, que crean sus propios reductos preservados de los inquietos sacrílegos. A esos espacios generalmente se accede por cooptación. Una cita de Ryszard Kapuscinski, felizmente rescatada por el editorialista de la Revista de Economía Institucional (Vol.8, número 15, 2006, 7-8), desnuda la desgracia intelectual que para las sociedades latinoamericanas significa la “sumisión del pensamiento” por la “cooptación” a la que califica como “absorción”:

Un rasgo característico de la evolución política del intelectual latinoamericano es que por lo general empieza en la izquierda y acaba en la derecha. Empieza participando en una manifestación de estudiantes contra el gobierno y acaba en un despacho de ministro. Recorre el camino de joven rebelde a viejo burócrata. En ninguna otra parte del mundo es tan profundo el abismo que se abre entre la juventud y la vejez, entre el comienzo y el fin de una biografía [...] ¡Qué capacidad

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

de absorción muestran estos regímenes! ¡Qué talento para amansar a la oposición!

El editorialista, sin embargo, levanta la cuestión de que Kapuscinski “no hace referencia a los profundos cambios que han llevado a que en el ámbito político se hayan desdibujado las diferencias culturales, programáticas y de acción política y personal que solían separar a la izquierda y a la derecha”. Pienso que si una persona con aspiraciones intelectuales no comulga con esos credos y logra penetrar las barreras a la entrada que normalmente se imponen en los círculos vedados al pensamiento alternativo, debe estar preparado para enfrentar el reproche y la impugnación, lo que exige una dosis adicional de coraje.

Existen comunidades científicas progresistas que se distinguen por su capacidad de discernir la diversidad de posturas que intentan construir una epistemología general de la que aún carecen los enfoques interdisciplinarios o multidisciplinarios que, en última instancia, son lo mismo. No así la pluridisciplinaria que caracteriza a tales comunidades, de manera que en sus espacios académicos se acostumbra promover convocatorias amplias de trabajos académicos que son acogidos para someterlos a juicios argumentados y a alternativas creativas que contrarían el consenso previo y el discurso único. Por el contrario, cuando el establecimiento académico o las agencias financiadoras colocan su énfasis en el esfuerzo clasificatorio del pensamiento y no en la vigilancia epistemológica y la rigurosidad científica, la investigación social se degenera en coloquios consensuales que a partir del elogio mutuo magnifican el error y no su superación.

No hay conductas de agentes ni fenómenos que esas comunidades desencadenen que escapen al estudio de dos o más disciplinas. La psicología y la teoría de la elección están emparentadas, como la psiquiatría y la sociología, por ejemplo, así como la ciudad es objeto de investigación de sociólogos, científicos políticos y economistas, y objeto de intervención de arquitectos diseñadores e ingenieros. Pero es un parentesco lejano, resistente a abandonar sus feudos, esto es, a permitir la intrusión de las fronteras disciplinares por invasores que disputen la inmortalidad de los dogmas y de la prole que los predica. Esa es la cuestión trascendental y casi infranqueable que enfrentan los llamados estudios pluridisciplinarios. Por tanto, la construcción de una epistemología común entre disciplinas y ciencias que comparten el mismo objeto de investigación está por construirse. La salida por ahora han sido los estudios interdisciplinarios o multidisciplinarios en los que se congregan profesionales de diferentes disciplinas que, de manera compartimentalizada, realizan su aporte disciplinar a espaldas de otros

saberes o, a lo sumo, al lado del de otros profesionales, evitando así el conflicto académico o la disputa jerárquica del conocimiento.

Al *inconforme radical* le queda un recurso para superar esos escollos: la *autocrítica*. Ella emerge desde su inconsciente como un atributo que se pule cotidianamente al calor de una práctica encaminada a mantener bajo control su investigación y a través del cual se reafirman sus convicciones. Desde el momento en que los métodos de investigación o de exposición se someten a la inspección y el juicio autocrítico del investigador, está asumiendo una experiencia de vida un tanto estresante que, en ocasiones, va a tener manifestaciones físicas acompañadas de sorprendidas reacciones tanto de júbilo como de ira. Pero tranquilícese, no hay algún rasgo de bipolaridad en ello sino, por el contrario, ese vaivén emotivo denota la inmersión en su objeto de investigación. Si tales reacciones no ocurren es porque la autocrítica ha sido realizada, digamos, de manera burocrática, pues a ella no le es atribuible ningún grado de arrogancia o de narcisismo del autor. Por el contrario, la sensación de alivio que sobreviene a la tensión de ciertos músculos solo aparece cuando el investigador se congratula a sí mismo al constatar que aquello que pensó y devolvió en un discurso que consiguió exponer con tal claridad se originó en su reflexión. Es ese mismo el momento cuando la detección del error y la forma de superarlo lo habrá hecho más libre, esto es, lo habrá hecho un auténtico investigador social para quien las convicciones que motivaron su *inconformismo radical* se tornarán en valor inestimable pues la emancipación intelectual está ahí, *ad portas*.

IV

LA INTERACCIÓN ORIENTADO-ORIENTADOR O LA ERRADICACIÓN DEL
DESPOTISMO DE LA ILUSTRACIÓN

Además de cumplir el papel de *orientador* en los términos que advertí, el intelectual que acompaña al investigador en su inicio es el primer crítico de los resultados siempre provisionales de su reflexión. El *orientador* ha sido elevado al grado de *intelectual*, o sea, a un estado vital en el que su personalidad está dotada de tal cúmulo de conocimientos como de asuntos de la sociedad que le preocupan, cuya reflexión le consume una porción considerable de su tiempo, además del que cotidianamente dedica a actividades triviales que lo revisten de su condición de mortal. En la medida que él ya atravesó por innumerables experiencias tensionantes como las que el novicio investigador experimenta y que, de haber sido satisfactoriamente enfrentadas le habrán merecido algún reconocimiento de suficiencia intelectual, el *orientador* difícilmente podrá despojarse de la vanidad acumulada por la reiteración de múltiples auto-exaltaciones. Si algunas de ellas han resultado en el elogio público, el narcisismo se incrementa pues, en cualquier caso, el *orientador* es un ser humano.

En la interacción entre el orientador y el orientando se ponen en juego intereses externos a la investigación, cuyo reconocimiento es trascendental para que el pacto que suscriben no se deteriore pues, de ello ocurrir, se puede llegar a un punto en el que se constriñe el coraje con que el investigador principiante decide abordar la difícil tarea de construir un pensamiento original con pretensiones de científicidad. Difícilmente se pueden encontrar relaciones orientando-orientador en las que la interacción sea la de pares académicos, pero existen, de la misma manera que, en el otro extremo, se está tornando cada vez más común encontrar prácticas despóticas como las de la lógica de la Ilustración:

Una situación de [inferioridad] es una situación en la que uno tiene que dejarse guiar porque si sigue el camino que le indica su propio sentido de orientación, podría extraviarse. Esta es la lógica del proceso pedagógico en el cual el maestro de escuela parte de la situación de ignorancia que es la del alumno y progresivamente reemplaza la ignorancia por el conocimiento, su conocimiento, y progresivamente saca al alumno/ante una situación de desigualdad y lo/a conduce a una situación de igualdad. Esta es también la lógica de la Ilustración, según la cual las elites cultivadas tienen que guiar a las clases bajas ignorantes y supersticiosas por el camino del progreso (Rancière, 2010: 167-168)⁴.

⁴ Considero más pertinente el empleo de la palabra *inferioridad* en lugar el de *minoría* sugerido por Hounie (2010).

En las interacciones más comunes el primer aspecto tensionante es el *tiempo* del *orientador* o, más precisamente, el tiempo que el novicio investigador espera que el intelectual que lo orienta le dedique a la crítica a través de la que espera cualificar su reflexión. La madurez intelectual de cada cual se pone a prueba en esa interacción, pero es el investigador que afronta una relación subalterna a quien le corresponde adoptar las estrategias necesarias para evitar que el conflicto gobierne la interacción con su *orientador*. Cuando, por ejemplo, los primeros manuscritos del investigador llegan a manos del orientador hiperocupado con sus preocupaciones intelectuales y ocupaciones triviales y le son devueltos al cabo de algunos días o semanas con algún esbozo de reprobación, el investigador debe hacer un esfuerzo por esclarecer si su orientador padece de *congestión académica* o de *pereza intelectual*. En el primer caso, el manuscrito le será devuelto con una conminación sutil a que “una persona de tantas cualidades académicas como Usted haga un esfuerzo adicional para producir algo de mayor calidad académica”, por ejemplo, mientras que la crítica en el segundo caso se referirá a que le faltó consultar tal o cual autor irrelevante o a que revise en la introducción tal o cual aseveración comprometedora lo que revela, en efecto, que el orientador solo estuvo dispuesto a leer el comienzo y el final de la obra provisional del investigador.

Al investigador social le asiste la tentación de demandar más tiempo de orientación del que su intelectual orientador está dispuesto a dedicarle. Por su parte, el orientador cree que el tiempo que le dedica es más que suficiente para que el investigador iniciante mantenga bajo su control la investigación y para que los avances periódicos sean sustanciales en términos tanto de la sofisticación de la reflexión como del uso del lenguaje. Creo que cuando hay demasiada interacción es que se confunde el pensamiento del investigador con el de su orientador, fenómeno que ocurre con más frecuencia cuando la relación de subordinación se exagera al punto de apaciguar el coraje original del incipiente investigador. Ahí se impone de nuevo la lógica de la ilustración. En el otro extremo, obviamente, es posible que la investigación se salga de su control llegando a extremos metafísicos o a la sucesión de errores. Pero así como teóricamente es posible quebrar relaciones monopólicas con la competencia, el investigador está en capacidad de vencer de manera saludable las relaciones de subordinación, con lo que aquel orientador, cuando es un auténtico intelectual, siempre tendría que estar de acuerdo. En relación con el quehacer del investigador que enalteció Rufino José Cuervo hallé esta hermosa cita:

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

Sentir que en el fondo del alma arde la llama del ideal; amar la verdad y la hermosura; subir sin desmayos en la agria pendiente que conduce a la cima iluminada; clavar el corazón en la cruz todas las abnegaciones; dejar la patria, la familia, los amigos para encerrarse como un asceta en la celda de estudio; cerrar ojos y oídos a cuanto no sea elevado y puro; pasar meses y años sin descanso; velar miles de noches, con la cabeza pesquisadora doblada sobre el libro y el papel leyendo e investigando, por el solo deseo de servir en su mesa generosa el pan del saber a cuantos lo busquen, esto, señores académicos, es ser grande, esto es embellecer la vida, es ser poeta, es ser inmortal (Tomás Cadavid Restrepo, citado por Cruz Espejo y Paredes 2011, 47).

Es oportuno realizar ahora una breve reflexión acerca de la sofisticación de los lenguajes oral y escrito. Cuando se llega a un estado de subordinación extrema del tipo ilustración, el sujeto alienado se acostumbra a imitar los giros intelectuales de su director-dictador, llegando hasta justificar los errores en que comúnmente incurren. Esa situación se agrava cuando en ciertas disciplinas se acostumbra “tecnificarlas”, por llamar de alguna forma a esa tendencia a hablar con ecuaciones bajo la creencia, supuestamente fundada, de que es así, con los “modelos”, como se dialoga con la sociedad. Hay que ver el daño que ese mito le causa al idioma, a su empobrecimiento secular. Quienes al uso enriquecido de la lengua le califican de manera despectiva como “retórica”, no saben siquiera que la retórica enaltece, así como ignoran que palabras de uso corriente como “neoliberal”, “economicista” y otras tantas, se emplean como agravios.

El pragmatismo con el que se comunican ciertas personas a quienes, por dialogar con ecuaciones se osa calificar de “objetivas”, realmente es reflejo de graves carencias lingüísticas que se tornan irreparables a no ser mediante la realización de denodados esfuerzos de reeducación idiomática. Para comenzar, la unicidad perseguida en los modelos a la que está acostumbrado, puede ser superada mediante la comprensión de la polisemia de ciertas categorías analíticas como también con otras convicciones como aquella de que, según advertía Santos Discépolo (2010), hay palabras que carecen de contenido, al paso que hay otras que expresan muchas cosas a la vez como sentimientos y afiliaciones.

Superado el obstáculo que representa la extralimitación de la interacción con el orientador, el paso a seguir es irrumpir con su reflexión en los medios académicos promovidos por las comunidades científicas, precisamente para acoger a los encorajados investigadores que reclamamos de espacios colectivos que nos permitan verificar la relevancia académica de nuestra reflexión. Sean las revistas académicas o sean los foros, seminarios o congresos, el investigador cuenta con ese tipo de espacios en los que la congestión o la pereza intelectual son más difíciles de encubrir aunque, no

por ello, dejan de existir. Lo primero con que nos enfrentamos en esos espacios académicos es el irremediable narcisismo que reviste a los personajes más acreditados intelectualmente ante el que, de manera frecuente, otros reconocidos investigadores tienden a infantilizarse y que, en no pocas ocasiones, trasluce ciertos rasgos ocultos de la personalidad de esos personajes como sus inclinaciones autoritarias. El investigador social que se irrita ante ese comportamiento es el que seguramente se sentirá maltratado por una práctica repudiable pues, así no haya sido dirigida deliberadamente hacia él, comprende que la vanidad intelectual tiene límites que después de superados la tornan socialmente inaceptable. Lo peor es que en no pocas ocasiones tal vanidad es infundada.

No hay que olvidar que el investigador social está igualmente en capacidad de discernir entre el autoritarismo académico burocrático y la autoridad intelectual legítimamente ganada y, por su parte, que es consciente de que no está compitiendo con sus pares sino consigo mismo. Esa capacidad de discernimiento es la que le permite valorizar la crítica destructiva tanto como la constructiva. No debe ser motivo de preocupación el peculiar contenido y el usual autoritarismo con el que se expone la crítica destructiva pues tras ellos se intentan ocultar tal cantidad de incoherencias que la hacen fácilmente replicable. El motivo de preocupación más inquietante se suscita cuando su objeto de estudio y sus hipótesis no reciben ninguna crítica, pues ello indica que, por alguna razón, su investigación se ha tornado intrascendente. Es posible que ello ocurra en razón a que en su método de exposición Usted no ha valorizado aún aquello que es particular de su argumento o que ha caído en lugares comunes que tornan intrascendente su discurso. Pero los errores en el método de exposición son ajustables con algún esfuerzo de manera que en adelante Usted esté en capacidad de suscitar alguna reacción de sus potenciales interlocutores.

Lo que es difícilmente subsanable es la ausencia de materia de investigación pues, cuando ello aflora, la decepción que produce el hecho de haberse encorajado con un inconformismo infundado es inolvidable. El recuadro sobre la fábula *La Tesis del Conejo* que encontré por casualidad en lengua portuguesa, de autor anónimo, recrea con humor este argumento. Ese es el momento en el que su sentido de orientación parece haber fallado y, por tanto, le invade cierta sensación de fracaso pero cuidado, no es hora de abandonar la carrera pues, tal como le ocurre a los corredores de carreras de largo aliento, ellos están expuestos a extraviarse en algún punto del recorrido, pero tienen siempre las reservas para retornar al trazado preestablecido, así como la erradicación del despotismo de la ilustración exige explorar nuevas vías para lo cual, repite, se necesita coraje y perseverancia.

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

La tesis del conejo

En un día lindo y radiante el conejo salió de su madriguera con el “notebook” y comenzó a trabajar bien concentrado. Poco después pasó por allí un zorro y vio a aquel succulento conejito tan distraído que llegó a babear. Sin embargo, quedó intrigado con la actividad del conejo y se aproximó curioso:

- Conejito ¿qué está haciendo aquí tan concentrado?
- Estoy redactando mi tesis de doctorado, dice el conejo sin despegar los ojos del trabajo.
- Hummmm ... ¿y cuál es el tema de su tesis?
- ¡Ah! Es una teoría probando que los conejos somos los verdaderos predadores naturales de los zorros.

El zorro quedó indignado.

- ¡Ora! ¡Eso es ridículo! ¡Somos los zorros los predadores de los conejos!
- ¡Absolutamente! Acompáñeme hasta mi madriguera para mostrarle mi prueba experimental.

El conejo y el zorro entran en la madriguera. Pocos instantes después se escuchan algunos ruidos indescifrables, unos cuantos gruñidos y, después, silencio. En seguida, el conejo regresa solo y, de nuevo, retorna a los trabajos de su tesis como si nada hubiera ocurrido. Media hora después pasa un lobo. Al ver al apetitoso conejito tan distraído, agradece mentalmente a la cadena alimentaria por garantizar su cena. Sin embargo, el lobo también encuentra bastante curioso a un conejo trabajando tan concentrado y resuelve entonces saber de qué se trata aquello antes de devorar al conejito:

- ¡Hola joven conejito! ¿Qué lo hace trabajar tan arduamente?
- Mi tesis de doctorado, señor lobo. Es una teoría que vengo desarrollando desde hace algún tiempo y que prueba que nosotros, los conejos, somos los grandes predadores naturales de varios animales carnívoros, inclusive de los lobos.

El lobo no se logra contener ante la petulancia del conejo:

- ¡Ah! Ah! Ah! Ah! ¡Conejito! ¡Apetitoso conejito! Eso es un despropósito. Nosotros, los lobos, somos los genuinos predadores naturales de los conejos. Además ¡basta de conversa...!
- Discúlpeme, pero si quiere le puedo presentar mi prueba experimental ¿Le agradaría acompañarme a mi madriguera?

El lobo no da crédito a su buena suerte. Ambos desaparecen madriguera adentro. Algunos instantes después se escuchan aullidos desesperados, chasquidos al masticar y... silencio. De nuevo el conejo regresa solo e impasible de vuelta al trabajo de redacción de su tesis, como si nada hubiera ocurrido.

Dentro de la madriguera del conejo se observa un enorme montón de huesos ensangrentados y pelambres de quienes fueran zorros y, a su lado, otro montón más grande de huesos y restos mortales de aquello que un día fueron lobos.

En la mitad de los dos montones, un enorme León, satisfecho y bien alimentado, limpiándose los dientes.

Moraleja de la fábula: no importa cuán absurdo sea el tema de su tesis, si carece del mínimo fundamento científico o si sus experimentos nunca lleguen a probar su teoría; tampoco importa si sus ideas van en contra del más obvio de los conceptos lógicos. Lo que importa es ¡quién es el director de su tesis!

V

EL INCONFORMISMO RADICAL Y LA SINGULARIDAD DE LA ORIGINALIDAD

Una de las contradicciones más flagrantes y consensualmente aceptada en la práctica institucional de la crítica calificada a la investigación es que, aun poniendo su énfasis en la originalidad del pensamiento que, de por sí, ya es un esfuerzo notable, exige “adicionalmente” que el método de presentación y de exposición del investigador sea el comúnmente aceptado o, en términos más precisos, el estándar. Si primero debe ser presentado esto y después aquello, tal como siempre ocurre en las novelas de Agatha Christie en las que el culpable siempre aparece al final de la novela así no haya culpa que imputarle, el investigador está expuesto a que la originalidad de su pensamiento se vulgarice en la supuesta normalización de un método de presentación.

El pensamiento original propone un orden diferente al estándar, pero orden al fin y al cabo, que refleja tanto el talante del investigador como los movimientos del pensamiento en dirección de lo desconocido, de lo inexplicado o de lo vulgarmente aceptado que estimulan su inconformismo radical. Como los evaluadores a los que se les solicita la crítica tienen en sus manos el resultado de un esfuerzo intelectual bastante exigente en términos del rigor académico con el que debe ser construido, ellos reconocen en primer lugar el esfuerzo del investigador por presentar de manera singular su pensamiento original. Si en un proyecto de investigación, por ejemplo, el objeto solo es comprensible al final de su lectura, es porque fue de esa manera y no de otra que el investigador quiso que fuera. Y ello es inseparable de la originalidad y rigurosidad de su reflexión.

La consideración del proyecto de investigación como algo acabado, que niega la lógica del descubrimiento y limita al investigador en sus búsquedas, conduce al sujeto de la investigación a “puerto seguro”, a las explicaciones esperadas que serán del agrado de quien quiera escucharlas. Sin duda, esa práctica de la investigación ofrece sus ventajas pero, al conocer sus resultados generalmente sobreviene la decepción que, en términos garciamarquinos, se resume en que todo ya se había dicho, desde siempre y para siempre. El *inconformismo radical*, como práctica investigativa, no se debe confundir con un revisionismo de las viejas ideas de la *duda sistemática cartesiana* o de la *falsabilidad popperiana*. Es una práctica cotidiana del sujeto para alcanzar la necesaria *ruptura* con la ciencia de los halagos mutuos y que conduce, inevitablemente, a la *emancipación*, ligada a una concepción de la investigación que pretende liberarnos de las ataduras teóricas que nos conducen a la reedición de la incompreensión secular del mundo.

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

Cuando J. M. Keynes afirmó que los economistas contemporáneos, en general, son esclavos de lo que pensaba algún economista muerto, no estaba negando la producción científica acumulada por la humanidad, sino que estaba incitando al medio académico a romper tales ataduras y ser capaz de producir nuevas teorías que dieran cuenta de un mundo cambiante y diverso. Incitaba, por tanto, a la originalidad del pensamiento.

La potencia de las ideas para modificar el curso del mundo es innegable. Y la densidad de las obras que los investigadores sociales producen y a cuyo estudio nos dedicamos, nos permiten imaginar el carácter y la rigurosidad inmanentes a la personalidad de su autor así como la complejidad de su mente creadora. Eso ocurre igualmente en campos propicios para la creación humana que, como las artes plásticas o la literatura, le han permitido a la humanidad conocer las obras que han inmortalizado a sus autores. Pero las personas que se han dedicado a mover su pensamiento en los campos de las ciencias sociales han podido constatar cuán difícil es concretar una obra original que, erigida con vigilancia epistemológica, sea reconocida por su condición innovadora.

Esa obra, sometida al tamiz de algún estatuto de científicidad, es expresión viva de un pensamiento que, insisto, debe ser contestable y de carácter provisional. Las obras de los científicos sociales que reúnen esas características son bastante escasas si se les compara con las de los literatos, los pintores o los cineastas, por ejemplo. En términos de su originalidad y radicalismo, Keynes advertía hacia 1936 que “la gente” está a la espera de un dictamen más fundamental y verosímil sobre las razones que gobiernan el devenir de la sociedad política. Desde entonces, ha sobrevenido un “océano bibliográfico” a la economía que debe ser decantado de manera que, aglomerados en el fondo, queden aquellos libros cuyos autores han dedicado sus esfuerzos a competir de manera banal e inequívoca por contar de mejor forma la misma historia y que son los mismos en los que la ausencia de desafíos intelectuales se revisten de desmedida ostentación editorial.

El sujeto de investigación no puede reducirse al hombrecito acotado por las normas de un manual que le cercena su curiosidad y que le roba tiempo para sus búsquedas intelectuales y para el desarrollo de su creatividad. Siguiendo a Einstein y a Santos Discépolo, si se siguen las normas de manual se conseguirán siempre los mismos resultados y, si con tales normas se pretenden resultados diferentes, estamos conviviendo con la locura. Por tanto, cuando el pensamiento nuevo es repudiado es una buena señal que indica que está dando los pasos adecuados en dirección de alcanzar la singularidad de su originalidad.

VI

LA SALUDABLE MULTIPLICIDAD DE LOS DESAFÍOS

El investigador portador del inconformismo radical que estimula de manera persistente sus búsquedas intelectuales es un hombre nacido para afrontar desafíos. Así, en plural.

Además del coraje que requiere el investigador social para afrontar persistentemente la ruptura con el sentido común ilustrado en que se soporta la práctica de la ciencia normal (Kuhn, 2001: 33-79), su inconformismo radical le puede producir esporádicas reacciones desagradables que incluso pueden volverlo irritable y, en ocasiones, encolerizarlo hasta tornarlo cada vez más pugnaz. Con seguridad ya lo habrán notado. Lo anormal sería que no se presenten tales reacciones pues, en efecto, el empleo cotidiano de la capacidad de discernimiento del pensamiento del investigador en la elaboración de un discurso alternativo al imperante lo expone, más que a la media de los humanos, a una condición que denomino de *estrés intelectual* y que es la antesala de la hostilidad con la que reacciona al libertinaje categorial:

La noradrenalina es el agente causal de la agresión y de la esquizofrenia simple. La noradrenalina está fuertemente correlacionada con la cólera dirigida hacia fuera, mientras que la adrenalina está fuertemente correlacionada con la cólera dirigida hacia adentro o ansiedad. La cólera dirigida hacia fuera puede producir en los sujetos la respuesta de ataque (Gaitán Daza, 1995: 96 citando a Karl Mackal).

La práctica consuetudinaria del buen humor es, según mi parecer, la mejor “contra” a la irritabilidad y a la cólera, y asumir desafíos otrora impensados en otros aspectos de la vida es el mejor complemento. Es una actitud muy saludable, ese es mi punto de vista. También hay un tipo de orientadores que exigen de su orientando la dedicación “total y exclusiva” de su tiempo de reflexión a su investigación. Creo que tal exigencia es un error que convierte la investigación en una experiencia monótona y, por demás, traumática que puede incluso acortar la vida académica del orientando cuando no opacar su pensamiento. Un investigador social no es una persona que se caracterice precisamente por ser monotemática; por el contrario, es una persona que estudia y escribe con alguna propiedad sobre materias diversas, curiosear en las posibilidades de las artes plásticas y, como Emile Zatopec con la experiencia de vida que es la corrida de una maratón, cree firmemente que los movimientos de su pensamiento son de largo aliento, tan inagotables como provisionales. Por eso se entrega eventualmente a otros desafíos que le permiten acceder a una sensación semejante a la del vértigo

que precede a la liberación inducida en su organismo de la irremplazable endorfina que lo torna más sosegado y apacible.

Tal vez ahí se encuentre una de las razones que tornan las conversaciones con nuestros congéneres trascendentes o superficiales. Cuando una persona se ha dedicado a la metafísica o al pensamiento único, generalmente invoca tristemente los episodios de su pasado como una victoria que la sociedad no le reconocerá y, de manera compulsiva, nombrará a algún premio Nobel que pensó igual que él para corroborar tamaña injusticia; seguidamente recalcará que comprendió mejor que cualquiera y que seguramente el mundo sería otro si lo hubieran escuchado hasta que, por fuerza del tedioso paso del tiempo, se verá obligado a agotar a sus contertulios con alguna alusión a su superioridad intelectual. El *individuo museo* no tiene nada más que decir y mostrará su biblioteca de manera semejante a como un enólogo alardea de las reliquias del vino que jamás ha sido degustado por nadie y que lo acreditan como un noble de buenas costumbres.

Pero los diálogos más entrañables son los que proponen las personas que hablan de los desafíos consigo mismas, aquellos que les permitieron ser algo más en medio de su autenticidad y que, según mi parecer, son correlativos a su producción de endorfina. Solo en esas conversaciones es tolerable alguna jactancia o pretensión de nuestro interlocutor pues, en efecto, el conjunto de su obra lo amerita. Me siento a placer cuando veo los bastidores de las bibliotecas de los auténticos intelectuales adornados con algún cuadro que pintó, alguna medalla que ganó, alguna foto osada que tomó o alguna novela que escribió o, en fin, ese algo adicional que lo hizo ser algo más de lo que era o, en términos de Julio Cortázar, aquello que lo hizo digno de ser un *cronopio*. Igualmente placentero es el diálogo con las personas cuyo único desafío fue el de enfrentar con humildad el conocimiento para producir un corajoso escrito.

He escuchado irreproductibles anécdotas sobre “investigadores” que son narradas por “principiantes” que han tenido el “privilegio” de verificar en su intimidad residencial la existencia de una biblioteca adornada meticulosamente con los informes finales de investigaciones que han dirigido durante su vida, organizada con el propósito de intimidarlos según he podido concluir. Recuerdo el empequeñecimiento de esas personas al referirse al volumen considerable de la obra, al abanico de temas a los que se han dedicado y que los acreditan como verdaderos intelectuales que están al tanto de todo lo que ocurre en la sociedad y, especialmente, porque entre sus financiadores se encuentran prestigiosas entidades nacionales, la banca multilateral y una que otra organización no gubernamental extranjera. Pocos

son los amilanados principiantes que se han cuestionado acerca de las razones por las que de esa “vasta obra” no se ha dado a conocer mayor cosa si se le compara con la obra publicada por otros personajes de su vida académica, tal vez por depararse con que tal pensamiento es “más de lo mismo” que la sociedad ya conoce.

Ningún desafío adicional en esos personajes es narrado por nuestros interlocutores en razón a la ausencia de materia.

Permítame traer a colación un cuadro de la literatura universal que encuentro oportuno para la reflexión. En *La insoportable levedad del ser* de ciertos personajes que conoció a lo largo de su vida, Kundera construyó un pasaje en el que uno de ellos, al momento de admirarse desnudo delante de un espejo, lanza inesperadamente una sentencia que lo hace aún más seductor para su amante quien, por su parte, se adorna con un fetiche:

Quando la sociedad es rica, la gente no tiene que trabajar con las manos y se dedica a la actividad intelectual. Hay cada vez más universidades y cada vez más estudiantes. Los estudiantes, para poder terminar sus carreras, tienen que inventar temas para sus tesis. Hay una cantidad infinita de temas, porque sobre cualquier cosa se puede hacer un estudio. Los folios de papel escrito se amontonan en los archivos, que son más tristes que un cementerio, porque en ellos no entra nadie ni siquiera el día de difuntos. La cultura sucumbe bajo el volumen de la producción, la avalancha de letras, la locura de la cantidad. Por ese motivo te digo que un libro prohibido en tu país significa infinitamente más que los millones de palabras que vomitan nuestras universidades (Kundera, 1992: 105).

Ese cuadro literario parte de un enunciado *verdadero*, indistintamente que sea expuesto al examen de un teórico consensual, de un teórico de la coherencia o de un teórico pragmático, según veremos en el siguiente acápite cuando discutamos el compromiso con la búsqueda de la verdad que es inmanente a los investigadores sociales. Pero también contiene una proposición *error* para provocar el debate sobre la génesis del objeto de la investigación: si en las sociedades ricas los estudiantes tienen que “inventar” los temas para sus tesis, ¿los estudiantes de las sociedades pobres deben ser más o menos “creativos” que sus “afortunados” homólogos? Antes que nada es conveniente advertir que son cada vez más frecuentes las investigaciones “primer mundistas” sobre el Tercer Mundo, como más escasas las “tercermundistas” sobre el Primer Mundo y que en la mayoría de las primeras se detecta un aire neocolonialista mientras que en las segundas el afán de difundir algún eslogan sobre el desarrollo y la riqueza.

De la colusión de esas dos tendencias o, mejor aún, de sus implicados, sobreviene el *unanimismo*, versión bizarra de la teoría consensual que adhiere al pensamiento único para acoger a sus miembros en

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

el círculo vicioso del auto elogio. El rechazo de tal círculo a la crítica académica y la impugnación de sus autores como renegados sociales se verifica cotidianamente para suplantar el inconformismo de los investigadores por el tema baladí, rasgo inequívoco de una sociedad empobrecida. De manera que si Usted no tiene mayores desafíos con su investigación tampoco puede esperar que ella sea visitada con alguna regularidad por otros investigadores pues, como los cementerios, son lugares que escasamente son visitados en el día de los difuntos. O, como en el caso de los aludidos investigadores coloquiales, auto-elogiarse en presencia de incautos con la dudosa originalidad de una obra cual tabú en manos de seres insoportablemente leves.

Cuando la persona carga con más de un desafío ya no es tan leve como cuando no tiene ninguno, a no ser el de subsistir en algún lugar de la jerarquía de la sociedad burocrática. Creo firmemente en el investigador social que osa tener más de un desafío vital cuando ellos gravitan sobre uno que es crucial, esto es, la búsqueda inquebrantable de un pensamiento original.

VII

LA CONVIVENCIA CON EL ERROR Y EL COMPROMISO INDECLINABLE CON LA BÚSQUEDA DE LA VERDAD

Al estudiar la proposición de Kundera he sugerido que la verdad que enuncia contiene también el error, lo cual no es más que una provocación para que la cuestión planteada nos conduzca a una reflexión sobre la noción de la *verdad*. Empleo la palabra noción por oposición a la de definición, pues si hay algo que sea indefinible y que haya suscitado notables controversias intelectuales es la verdad. Comencemos con una primera aproximación, de cristalina honestidad intelectual, que nos advierte que “no se ha de caer en el engaño de pensar que para todos los autores tiene dicho término el mismo significado”:

La verdad es un predicado que se puede atribuir o denegar a la proposición o enunciado. Se afirma o se niega de la cosa u objeto algo en el lenguaje. La verdad es una propiedad que pone en relación la proposición o enunciado que se hace de la cosa u objeto a los que se refiere la proposición o enunciado. Muchos han entendido el concepto de verdad como adecuación o correspondencia de la mente y de la cosa (de Aristóteles a Tarski). Otros han defendido el concepto de verdad como coherencia, intersubjetividad, construcción dialógica, evidencia, consenso, consecuencia, etc. La verdad lógica consiste en la no contradicción, es decir, en la exactitud formal independiente de todo contenido material (Mardones, 1991: 405).

La verdad es indisociable del conocimiento pero no es su único elemento constitutivo. La verdad como predicado se debate en el ámbito de la lingüística que, por su parte, concierne a un uso de la palabra a través del cual el investigador revela buena parte de lo que él es, de manera que su capacidad de discernimiento está correlacionada positivamente con el uso del lenguaje que, por su parte, le permite atribuir al *objeto de investigación* unas características que lo distinguen de lo que es y de lo que no es. Betania Alfonsin y Ana Clara Torres me sugirieron algún día la siguiente reflexión: la luna ya no es solo la luna, esto es, meramente un satélite del planeta Tierra, pues al menos algunos fragmentos de ella se convirtieron en una mercancía desde el mismo momento en que la NASA decidió someterlos al intercambio. De manera que cuando los poetas o los novelistas invocaron idílicamente a la luna como fetiche para la conquista, probablemente no se imaginaban que el desarrollo aeroespacial podría acercarlos a su promesa fantástica de entregarle un pedazo de la Luna al ser amado. A un “precio de mercado”, por supuesto. Pero la consecuente pérdida del encanto de la luna en la literatura no es más que una señal de la vulnerabilidad de algún predicado que tenga la pretensión de eternizarse. Es ese tipo de reflexión la

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

que nos conduce a proponer que si las verdades son efímeras, al conocimiento que se repute científico lo caracteriza su provisionalidad. Pero antes Orwell, y ahora Murakami, se han atrevido a pensar y a encantarnos con un mundo con dos lunas, vigilantes e inquietantes.

Adviértase que la cita anterior concluye con un intento clasificatorio de la verdad en el que el autor, sin embargo, pone algún énfasis en la *verdad lógica* situándonos de cara a la cuestión de la validez de los argumentos en que se soporta. Tales argumentos nos remiten a los métodos de prueba y a la inferencia deductiva empleados por el investigador, con lo que el predicado que el autor ha colocado a la verdad nos sitúa irremediamente en la discusión sobre el método. Sin embargo, antes de dar ese paso o de discutir alguna taxonomía de la *verdad*, me parece inevitable aproximarnos desde el debate crítico a las *teorías de la verdad*, pues hemos podido constatar que si algo ofusca a los guardianes del pensamiento único es su frecuente encuentro con la variedad de opciones teóricas sobre la naturaleza de la verdad:

Hay, entre tanto, varias definiciones de verdad y varias teorías que pretenden explicar la naturaleza de la verdad. Según la *teoría consensual*, la verdad no se establece a partir de la correspondencia entre el juicio y lo real, pero resulta, antes, del consenso o del acuerdo entre los individuos de una determinada comunidad o cultura tal que lo que consideran aceptable o justificable en su manera de enfrentar lo real. La teoría de la verdad como *coherencia* considera la verdad como un juicio o proposición como resultado de su coherencia con un sistema de creencias o verdades anteriormente establecidas, como preservando así la ausencia de contradicción dentro del sistema, siendo por tanto el criterio de verdad interno a un sistema o teoría determinada. Para la teoría *pragmática*, la verdad de una proposición o de un conjunto de proposiciones se establece a partir de sus resultados, de su aplicación práctica, concreta, de su verificación por la experiencia (Japiassú y Marcondes, 1996: 269).

Pero no podemos negar que, para algunos investigadores principiantes, la adhesión temprana al pensamiento único les significa comenzar a detentar ciertas ventajas que les reporta la reproducción de los consensos sin mayor examen. En una sociedad burocrática, la adhesión al club de preservadores del *statu quo* reporta ventajas como, por ejemplo, la estabilidad laboral, cierta reputación gremial y un cúmulo de ingresos estable. La tranquilidad de espíritu de estos “investigadores consensuales” contrasta con la angustia que asedia a los *inconformes radicales* cuando verifican que al desenmascarar el error están al borde de ser clasificados como herejes y, posiblemente, dilapidados intelectualmente por ello, circunstancia que pone a prueba reiteradamente su coraje. Recordemos que bastó con que Galileo Galilei, siguiendo la tradición científica de Nicolás Copérnico, insinuara otra teoría que rechazaba la inmovilidad de la tierra así como su localización en el centro del universo para que la inquisición le persiguiera por promulgar la

herejía con la que se derrumbaría el consenso establecido sobre el geocentrismo. En defensa de su vida y de los placeres terrenales que le reportaban su gusto por el “buen vino y las mujeres”, Galileo declinó a sus pretensiones explicativas en público cuando sus ideas ya se habían difundido y, de manera silenciosa y en privado, continuó su reflexión sin la cual el desarrollo de la teoría astronómica probablemente habría quedado paralizado en el siglo XVII.

De todos los pensamientos a nuestra disposición, juzgo que el pensamiento único es el más propenso a incurrir en la mentira pues, como tal, es incontestable. Si además, ese pensamiento es reproducido generacionalmente a la manera de la Ilustración, las mentiras se reeditan secularmente y las malas prácticas como la de la vigilancia del banquito de la guarnición militar de Sevilla también. Pero como “una vez que se cuenta una mentira a la sociedad hay que seguir mintiendo para siempre” (Murakami, 2011: 44), los defensores del pensamiento único se esfuerzan por diseñar estrategias de convencimiento colectivo, entre las cuales sobresale el alcance de consensos de mayorías.

Si los consensos que establecen las mayorías no siempre tienen la razón, los “herejes” o los iconoclastas que se resisten a cejar en los esfuerzos por encontrar la correspondencia entre el juicio y lo real, esto es, lo posible, encuentran en ellos su *leitmotiv* y en el inconformismo radical el incesante estímulo de su compromiso indeclinable con la búsqueda de la verdad.

En el campo de la teoría de la verdad como *coherencia* ese juicio, según vemos, es indisociable de un sistema de creencias a cuyo interior se establece el criterio de verdad o, en el mismo sentido, el criterio de verdad es endógeno a una y solo a una teoría pues, cuando es expuesto a otra, se pone en evidencia su *incongruencia* con los otros predicados que la estructuran y con el conjunto de la obra en que se inscribe.

Es factible que el sistema de creencias se erija sobre la base de “sentidos comunes” falaces difundidos, generalmente, en sociedades confesionales cuya unidad y coherencia, consecuentemente, es bastante frágil. Por ejemplo, cuán difícil ha sido erradicar algunas de esas falacias, a las que se acostumbra clasificar como subdesarrolladas, como la creencia de que todo lo que sana duele, es decir, que así como la dolorosa expiación de las penas es el requisito previo para el acceso a un anhelado reino más allá de la vida, las heridas del hombre solo podrán curarse infringiéndole más dolor. Tal vez sea por ello que aún hay quienes, ante una laceración o una cortadura superficial de la piel, someten al doliente a la tortura del jugo del limón sobre la herida pues el ácido cítrico, según creen, por causar más dolor engendra algún poder curativo. Son ese tipo de sociedades las que,

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

consecuentemente, someten secularmente a sus generaciones a sentidos comunes frágiles y, consecuentemente, son sometidas a perdurables esquemas dogmáticos como el de la Ilustración por otras que, por su parte, están interesadas en imponer su superioridad intelectual.

He aludido a una cierta persistencia en el tiempo falaces sistemas de creencias con el propósito de subrayar el carácter inercial de los mismos que se ha configurado, según mi parecer, en uno de los principales obstáculos para la emancipación intelectual de los pueblos de la que sobrevendrían las grandes transformaciones pues, en relación con el anterior ejemplo, “no es cierto, siempre y en todas partes, que el dolor sea un mal o un mal inevitable” (Lefebvre, 1998: 103). Bastaría con que algún “científico casual” elaborara un registro periódico para corroborar, a través de algún procedimiento deductivo, que los afectados con la gangrena son un subconjunto de los dolientes de las heridas sometidas a la falaz desinfección con el ácido cítrico y, con ello, pusiera al menos en duda ese nudo del sistema de creencias.

Procedimiento semejante fue llevado a cabo por Louis Pasteur y sus asistentes al igual que por muchos otros científicos que recurrieron a falsear acuerdos débiles mediante la constatación o refutación de predicados mediante series estadísticas, también empleadas para controlar la evolución de los nuevos predicados a partir de los resultados verificados en algún objeto o grupo de población. Esa verdad a la que se denomina como *pragmática* y cuya naturaleza se vincula invariablemente a la constatación de algún predicado a través de la experiencia, se ha arraigado tenazmente tanto entre investigadores sociales como en los que trabajan en el campo de las llamadas ciencias físico-químicas, naturales y exactas. Pero mientras su empleo les ha otorgado considerable prestigio a los investigadores de fenómenos relativamente estáticos que, además, se incrementa por su potencial predictivo, el de los investigadores sociales, inmersos en la investigación de dinámicas colectivas impredecibles, se deteriora al paso que los primeros le indican con antelación a la humanidad tanto la hora como el lugar en el que podrá ser mejor apreciado algún eclipse, por ejemplo. La actitud empirista de los pragmáticos de cara a la verdad se ha ido sofisticando al punto de presentarla sumergida en alguna taxonomía de registros estadísticos:

La etapa preliminar de cualquier investigación científica es la recolección y clasificación de datos. Mediante la clasificación se examinan separadamente diferentes fenómenos y se observan sus peculiaridades. La investigación ulterior con frecuencia revela similitudes insospechadas y significativas relaciones entre fenómenos que originalmente se consideraron del todo disímiles y autónomos.

Surgen, además, diferencias que al principio no eran tan evidentes (Coontz, 1974: 10).

En la alineación con la *verdad pragmática* como práctica consuetudinaria se trasluce una inclinación del investigador hacia el unanimismo y un cierto regocijo con la difusión de las “regularidades estadísticas” que usualmente frecuente; pero, de forma semejante a cuando el predicado “todos los patos son blancos” es falseado, en términos popperianos, desde el mismo momento en que se verificó por la experiencia la existencia de un pato negro, en algún momento de su vida el pragmático se convencerá de que “un enfoque estrictamente empírico es, pues, en particular vulnerable” (Coontz, 1974: 10-11). Esto es, que la satisfacción personal que le produce la constatación periódica de alguna tendencia es efímera y puede mutar hacia la frustración cuando finalmente llega el día en que tal regularidad desaparece.

El unanimismo, por las propiedades que lo rigen, se resiste a reconocer sus debilidades estructurales en razón a la ausencia de capacidad autocrítica de quienes lo edificaron, pero puede más el miedo a ser ignorados por la sociedad del mutuo elogio como también la incertidumbre sobre su ulterior cooptación para participar en algún nuevo emprendimiento del mismo talante pragmático que será abordado con mayor frenesí, de nuevo, en ausencia de cualquier autocrítica que revela las reiteradas flaquezas teóricas para explicar el fenómeno.

El investigador social que estimula su práctica con el inconformismo radical está capacitado, generalmente, para reconocer el “tipo” de verdad que se le presenta y a discurrir sobre ella. Ese conocimiento refuerza la actitud que lo hace una persona defensora de los procesos democráticos de elaboración del conocimiento, pues acostumbra situarse, por ejemplo, en la oposición al unanimismo, lo que lo hace una persona propensa a reaccionar con vehemencia ante cualquier intento autoritario de imposición del pensamiento único. El pensamiento único en economía, por ejemplo, ha motivado un sinnúmero de reacciones teóricamente mejor fundamentadas, menos simplificadoras y de mayor contenido social:

La teoría postkeynesiana es un antídoto contra el «pensamiento único» y ofrece un útil apoyo teórico a quienes desean cuestionar la economía dominante y oponerse a las políticas de austeridad. A modo de ejemplo: un incremento de la demanda no produce necesariamente un alza de precios; un incremento del salario mínimo o del salario real no provoca un aumento del paro; el mismo aumento del salario real no acarrea fatalmente la disminución del tipo de beneficio de las empresas; la disminución de las tasas de ahorro no provoca una caída de la inversión, ni la moderación del crecimiento, ni la subida de los tipos de interés; la flexibilidad de los precios no lleva necesariamente a una economía hacia el equilibrio óptimo (Lavoie, 2005: 9-10).

Ese tipo de intentos por revelar los mitos que promueve el pensamiento único me han inducido a aproximarme al estudio de la obra de sus autores en los que, en casi todas las ocasiones, reconozco su *autoridad intelectual* ganada con el esfuerzo y el coraje. Con el mismo vigor he enfrentado el “autoritarismo burocrático” y la crítica destructiva, hasta ser reconocido por mi espíritu pugnaz. Es ese mismo espíritu el que me ha permitido establecer que, en su intromisión persistente con el dogmatismo metafísico que difunde supuestas “verdades absolutas” con la pretensión de que sean eternizadas, el inconforme radical las estudia en la búsqueda del *error*, par dialéctico inseparable de una noción de la verdad en el que él mismo incurre, detecta e intenta superar en la construcción del conocimiento.

Adviértase que al integrar la *verdad* y el *error* como pares dialécticos inmanentes a cualquier pensamiento en movimiento (Lefebvre, 1998: 102), el conocimiento se torna dinámico.

He conducido mi reflexión de esa manera para llegar al anterior predicado a partir del que pretendo *falsar*, por así decirlo, el principio de la *falsación* de Karl Popper, pues estoy convencido de que el investigador que se queda esperando la aparición del pato negro, está dilapidando buena parte de su tiempo en la falsación de una verdad pragmática, tiempo que podría ser empleado en la detección y superación del *error* en la reflexión teórica. Es como si su pensamiento se petrificara ante la aparición del “pato negro” pues, cuando eso ocurra, la verdad “pato negro” se eternizará. O, mejor dicho, se momificará ante la irrupción en escena de Lucas. De manera que el mundo científico no está conformado por las teorías que han sobrevivido a los ataques de falsación sino por aquellas que están a la espera de que algún inconforme radical detecte el *error* y lo supere con otro predicado.

El pensamiento del artista plástico, por ejemplo, le permite obtener resultados perceptibles por sí mismo y por los miembros de la sociedad a la que se debe en diferentes momentos de su existencia, pudiéndose constatar el grado de apreciación burguesa de su obra en el número de retrospectivas que de ella se haga, mientras que el pensamiento del investigador social resulta en un conocimiento que está en *rectificación incesante* (Bourdieu et. al., 2000: 101) conformando una obra que no es más, pero tampoco menos, que un conjunto de predicados pletóricos de enmiendas, cada una de ellas probablemente conmemorada en solitario cual quijotesca victoria. Tales rectificaciones son la expresión viva de las “imperfecciones del pensamiento humano, a sus aproximaciones y a sus errores” (Lefebvre, 1998: 102) que la metafísica siempre ha repudiado apoyándose, no pocas veces, en la lógica formal.

Pero a diferencia del artista plástico que obtuvo en algún momento de su vida un resultado llamado como “producto” que no es más que la expresión de un pensamiento en reposo, de un pensamiento que se detuvo, el tránsito de la ignorancia al conocimiento en el que se resume el esfuerzo del pensamiento del investigador social está mediado por una verdad maculada con el error que la torna una *verdad relativa*.

El *inconforme radical* es como un blanco que está en la mira del “metafísico” para acertarlo con sus dardos intimidatorios y acallarlo, de manera autoritaria, con “sus verdades absolutas, incontrovertibles y eternas”, presentadas generalmente a la manera de una sabiduría proverbial que no admite herejía alguna. Para el metafísico la muerte y la vida no son pares, pues en su visión del mundo se excluyen de manera simultánea, esto es, la primera sigue irremediamente a la segunda; además implican un *dilema* o *disyuntiva*, es decir, un juicio sobre si tal o cual ser se encuentra vivo o si está muerto.

Sin embargo, seres declarados “oficialmente” muertos, aun con el paso de las horas, heredan sus órganos vitales y aun su sangre para prolongar la vida de seres “oficialmente” vivos, de manera que vida y muerte son estados que están imbricados, al menos temporalmente, en la existencia. El rechazo a las separaciones de la lógica formal motivan al *inconforme radical* a no dejarse “encerrar en un dilema” (Lefebvre, 1998: 107), pues su naturaleza iconoclasta hace que su pensamiento se sitúe en contravención al dogma, esto es, que aceptará la noción de vida y muerte del metafísico haciendo parte de una época y de un lugar pero la rechazará cuando se le presenta como inmutable e incontrovertible; es decir, la separación “lógica” de la vida y de la muerte que otrora fuera verdad hoy en día es un *error*.

La contradicción es al *inconforme radical* como la incoherencia es al pensamiento único pues, para el primero, el compromiso con la verdad es tan grande como inalcanzable, mientras que para el pensamiento único toda incoherencia no es más que un estímulo para insistir en más de lo mismo. La diferencia en esas conductas radica en que el pensamiento único promueve un compromiso con el error mientras que el inconformismo radical se enaltece con la búsqueda inquebrantable de lo inalcanzable: la verdad.

Hace poco le sugerí a una colega que cuando en nuestro país se empleaba la palabra *desplazado* era para estigmatizar y volver a victimizar a una persona que había sido víctima de la violencia y que, por si fuera poco, ese estigma adquiriría forma monetaria en el mercado residencial que hacía que la vida se les tornará aún más onerosa. La respuesta me conmovió: ¿ya lo probaste? Recordé entonces aquel enunciado provocador de la eficaz asesina a partir del cual surge la duda y se entabla un lúcido diálogo con su

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

víctima potencial en la obra de Murakami -“la verdad es, por lo general, algo visible, algo demostrable”-:

La mayoría de la gente no busca una verdad demostrable. Como bien dices, la verdad, en la mayor parte de los casos, conlleva un fuerte dolor. Y la mayoría de los seres humanos no desea una verdad dolorosa. Lo que la gente necesita es una historia hermosa y amena que les haga sentir que su existencia es, al menos, un poco relevante. Precisamente por eso existe la religión. Si una teoría A les muestra que su existencia tiene un significado, para ellos va a ser verdadera; si la teoría B les muestra que su existencia es débil e insignificante, será falsa. Está muy claro. En caso de que alguien opinará que la teoría B es la verdadera, la gente detestaría a esa persona, no le haría caso e incluso podrían llegar a agredirla. Para ellos, que sea lógica y demostrable no significa nada. La mayoría de la gente logra conservar la cordura gracias a que niega y rechaza la idea de una existencia débil y raquítica (Murakami, 2011: 554-555)

Pienso a partir de aquí que ese sistema de creencias al que me he referido está asociado a las inclinaciones de los humanos a apartarnos del dolor y, por tanto, el conocimiento burgués es una buena alternativa. Por tanto, el hábitat natural del *inconforme radical* dedicado a afirmar la validez de la teoría B, es el del repudio de sus semejantes y la convivencia con la hostilidad y la potencial agresión.

VIII

EL INCONFORMISMO RADICAL, LA “OBJETIVIDAD” Y LA INDEPENDENCIA DE PENSAMIENTO

Si con el pensamiento el investigador social reconstruye teóricamente el objeto de la investigación que lo conduce de un estado de ignorancia al de la emancipación intelectual adquirida por el conocimiento, en su compromiso indeclinable con la búsqueda de la *verdad relativa* el investigador social que cultiva el inconformismo radical enfrenta, entre otros desafíos, uno singular que es el de discernir acerca de la *independencia de pensamiento* y adoptar una postura sobre la objetividad del mismo. Esa cuestión ha sido secularmente discutida a partir de la disociación formal entre sujeto y objeto de investigación:

Al disociar el sujeto y el objeto, es decir, el pensamiento y el ser (el hombre y la naturaleza), el metafísico sustituye un movimiento dialéctico por una *contradicción insoluble*. Pero, como todo, la búsqueda se consagra a encontrar una solución, el metafísico se dedica a buscar esta solución en la abstracción pura: se lanza a la fantasía, a lo imaginario, a la *especulación* (Lefebvre, 1998: 284).

Esa suerte de *lobotomía intelectual* que propone la metafísica nos invita a estudiar los debates académicos que sobre la “objetividad del pensamiento” se han librado entre reconocidos intelectuales que se han decidido con coraje a divulgar sus posturas teóricas en espera de réplicas igualmente eruditas.

Uno de los debates más trascendentes es el que se viene librando en el ámbito de la física moderna⁵ pero, especialmente, el que acontece en el marco de la física cuántica pues es en ese medio en donde se ha postulado, con notable nitidez, “la doctrina de la implicación del sujeto con el objeto físico” (Popper, 1996: 138) cuyos principios “establecen con precisión que el «sujeto» es también un «objeto» que forma parte del universo” (Lefebvre, 1998: 109). No pretendo dar cuenta de manera exhaustiva de ese debate, pues mi pretensión no llega a tanto. En cambio, sí invito al inconforme radical a que se familiarice con tal debate en la medida que proposiciones inquietantes como la de Popper de que “esta doctrina es simplemente falsa: la teoría cuántica es tan objetiva como pueda serlo cualquier teoría” refleja una postura extrema que es replicada por otra igualmente impetuosa que reivindica la *indisolubilidad* del ser y su pensamiento como garantía de

⁵ Las “grandes revoluciones” del conocimiento en la física de las que emana la noción de la “física moderna” conciernen a tres grandes momentos: el de la relatividad, el de la física cuántica y, por último, el de la física atómica y subatómica (cf. Navarro, 1992).

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

objetividad del conocimiento y límite del mismo. Tal pretensión, falseada desde el positivismo lógico, es enunciada de la siguiente manera:

Se afirma con frecuencia que, en vista de la situación en la teoría cuántica, el sujeto y el objeto no pueden ya separarse claramente. Dicho con palabras de Heitler, la «división del mundo en una “realidad exterior objetiva” y “nosotros”, tímidos espectadores, no puede mantenerse por más tiempo. El objeto y el sujeto se han hecho inseparables uno del otro». Esto, según Bohr, se debe a «*la imposibilidad de una separación clara entre la conducta de los objetos atómicos y la interacción con los objetos de medir que sirven para definir las condiciones bajo las cuales aparecen los fenómenos*». Heitler elabora con cierto detalle el argumento. «Puede uno preguntar –escribe–, si es suficiente realizar una medición por medio de un aparato autorregistrador o si se necesita la presencia de un observador». Y llega a la conclusión de que el aparato autorregistrador es insuficiente y que «*el observador aparece como una parte necesaria de toda la estructura, en su plena capacidad de ser consciente*» (Popper, 1996: 138).

¿A qué “situación” alude Popper y cuál es el mecanismo a que recurre para falsear la doctrina? Para responder a esa doble cuestión creo menester empezar por familiarizar a los lectores con el desenvolvimiento de las búsquedas científicas que dieron lugar a la teoría cuántica durante un período que se presenta como de “importantes trastornos científicos”:

Comenzó a finales del siglo XIX con el descubrimiento de los rayos X (Roentgen, 1895) y el descubrimiento del electrón como partícula subatómica (J. J. Thomson, 1897). Siguieron luego el postulado de Planck de cuantizar la energía de la radiación electromagnética (1900), y el efecto fotoeléctrico y la teoría de la relatividad especial de Einstein (1905). Y sólo unos pocos años después llegaron el descubrimiento del núcleo atómico por Rutherford (1911), el modelo atómico de Bohr (1913) y finalmente la relatividad general de Einstein (1916) (Rohrlich, 1992: 156).

El significado de la física cuántica no es fácil de comprender. Con los resultados de la investigación de Planck, su constante h , él se ocupó de demostrar que solo con su empleo era posible describir “correctamente” los datos obtenidos en los experimentos que se realizaban acerca de la radiación emitida por los cuerpos sólidos:

Sin embargo, el cuanto de acción, de donde deriva el nombre la teoría, una constante universal con las dimensiones físicas de una energía por un tiempo (es decir, de una acción) llamada h desde entonces y que, de distintas formas, caracteriza el comportamiento de los sistemas físicos microscópicos, apareció en la física en un escrito de Max Planck de 1900. (El valor de h es $\sim 6,626 * 10^{-27}$ erg. seg., muy pequeño respecto a valores de las acciones que caracterizan a los procesos usuales) (Bergia, 1992: 90-91).

El aporte de Einstein a cinco años de la formulación de la constante h tuvo dos implicaciones para el devenir de la física pues, de una parte, levantó lo que por primera vez se va a conocer en física como un discurso *heterodoxo* y, de la otra, tal pensamiento significó un *cisma* en la medida que la secular teoría ondulatoria de la luz difícilmente podrá replicar en adelante a la teoría emergente. La primera implicación permitió consolidar, como ocurre casi siempre, un par dialéctico, el pensamiento *ortodoxo* de la física, con el que se identificará en adelante a los pensadores de Copenhague, mientras que la segunda, surgida de la consideración que la constante h , cuando es estudiada a la luz de las leyes de la termodinámica, se comporta “como si estuviera compuesta por cuantos de energía $h\nu$ (siendo ν la frecuencia considerada), que él mismo llamara *cuantos de luz*” (Bergia, 1992: 91), significó la *ruptura* con la física clásica.

La pretensión de la física de erigirse como “la más sofisticada de las ciencias” (Rohrlich, 1992: 155), de contar con una versión unificada del universo, se enfrentó entonces a un nuevo desafío: onda y partícula ya no se podrán tratar por separado sino que, en adelante y a la manera de Einstein seguido por Louis de Broglie, serán incorporadas como el dualismo onda-corpúsculo que desembocará ulteriormente en la noción de su *complementariedad*, esto es, de la *alteridad* y simultáneamente de la *necesidad* de las dos descripciones de la realidad. La mecánica cuántica se vio sometida entonces a dos conceptualizaciones en apariencia irreconciliables pero que, de forma sorprendente, se presentaron luego de manera unificada:

Es instructivo cotejar la mecánica ondulatoria de Schrödinger con la de las matrices de Heisenberg. Es difícil hallar en la historia de la física dos teorías concebidas para cubrir el mismo conjunto de experimentos y que difieran de forma tan radical entre sí como lo hacen estas dos. La de Heisenberg es un cálculo matemático que contempla magnitudes no conmutativas y reglas de cálculo a las que muy rara vez se había llegado con anterioridad, y que desafiaban cualquier interpretación visualizable: se trataba de un enfoque *algebraico* que, al proceder de la discontinuidad observada en las rayas espectrales, enfatizaba el elemento *discontinuidad*; a pesar de renunciar a una descripción clásica en el espacio y en el tiempo consistía, en última instancia, en una teoría cuya concepción básica era el *corpúsculo*. Por el contrario, la de Schrödinger era una teoría basada en el cuerpo familiar de las ecuaciones diferenciales, afín a la mecánica clásica de los fluidos y capaz de sugerir una representación visualizable (así parecía al menos) sin demasiados problemas; se trataba de un enfoque *analítico* que, procediendo de una generalización de las leyes clásicas del movimiento, subrayaba el elemento *continuidad* y, como su nombre lo indica, constituía una teoría cuya concepción básica era la onda (M. Jammer 1968, citado por Bergia, 1992: 97-98).

Los intentos de formalización matemática de la mecánica cuántica condujeron a una interpretación unificada fundada en cuatro principios⁶: discontinuidad, complementariedad, indeterminación y no localidad. Por su parte, los datos estadísticos del mundo cuántico son captados por aparatos de medida de cuya interacción incontrolable provienen resultados cuantificados que solo se pueden “predecir probabilísticamente” (Rohrlich, 1992: 134). Y la probabilidad es empleada para ofrecer medidas estadísticas que son correlativas a un conocimiento que es incompleto, siendo el vector de errores lo esencial a explicar y al que se mueve nuestro pensamiento en busca de lo que von Neumann denominó como “variables ocultas” y sobre lo que levantó una teoría con el mismo nombre. Ya Einstein, hacia 1935 y en asocio con dos colegas de apellidos Podolsky y Rosen, publicaron un famoso artículo que se popularizó en el medio como el *ERP*, en el que advertían lúcidamente sobre el carácter probabilístico de la física cuántica:

“Si podemos predecir con certeza (o sea con probabilidad igual a 1) el valor de esa magnitud física, sin perturbar un sistema en absoluto, entonces existe un elemento de realidad física correspondiente a esa magnitud física” (citados por Bergia, 1992: 105).

La incompletud de la teoría cuántica permitió a ERP y posteriormente a otros físicos, como Bohm en 1951, llegar a la conclusión de que ésta “no da una descripción completa de la realidad física”. Con anterioridad, hacia 1927, Heisenberg formuló el «principio de incertidumbre» con el que influenció tales desarrollos ulteriores del conocimiento de la física como el recién enunciado:

«No hemos asumido que la teoría cuántica, a diferencia de la clásica, es en esencia una teoría estadística, en el sentido de que, de datos exactos, sólo se desprenden conclusiones estadísticas». Por el contrario, prosigue, «en la formulación fuerte de la ley causal “si conocemos exactamente el presente podemos predecir el futuro”, no es la conclusión, sino la premisa, lo que es falso. Lo que no podemos conocer en principio es el presente en todos sus detalles» (citado por Bergia, 1992: 101).

No obstante los recortes, en ocasiones burdos, a que he sometido la presentación de la “situación” aludida por Popper, he intentado presentarla a la manera densa que ella exige con el propósito de “intentar falsear” el intento de falsación popperiano de la doctrina de la implicación del sujeto con el objeto físico: ¿acaso puede una teoría, reconocidamente incompleta aun por sus propios formuladores, ser “objetiva”? o ¿acaso pueden diversos aparatos de medida solucionar el problema abierto por von Neumann de las

⁶ El significado de cada uno de ellos es posible de ser estudiando en Rohrlich (1992: 132-133).

variables ocultas? Es mi punto de vista que las pruebas de falsación sugeridas por Popper son bastante débiles pues reposan, indefectiblemente, en una concepción de la teoría basada en su carácter predictivo ya que, en una sola página de su obra, es posible verificar que:

La lectura predice la lectura del aparato [...] y la teoría predice, en la mayoría de los casos, no el registro de una sola cinta o película emitida por cada una de las cajas, sino la distribución estadística de todas las lecturas producidas por esas cajas [...] la teoría hace, incluso, ciertas predicciones, es decir, predicciones sobre cada lectura individual emitida por cada caja individual [...] Podemos así «predecir con certidumbre el resultado de esta observación», en oposición directa a la afirmación (Popper, 1996: 139).

Más adelante identificaré el origen de ese interés en el carácter predictivo de la ciencia pero, por lo pronto, quiero precisar que el discurso metafísico que desarrolla el positivismo considera que un individuo, digamos, “químicamente puro”, es el sujeto de investigación “óptimo” y, para ello, su separación formal del objeto de investigación es la garantía de que él mantendrá la neutralidad de su pensamiento y alcanzará un conocimiento “objetivo” de la realidad. Digo químicamente para aludir a un estado de pureza, de no contaminación y, por tanto, de cierta insensibilidad con el objeto.

En esa situación, presuntamente, el sujeto de la investigación consigue neutralizar sus valores del objeto que somete al prisma crítico de su pensamiento en el afán de entender el comportamiento de los “actores” involucrados en la trama de la vida. Nótese que he entrecomillado la palabra actores para subrayar que, por ejemplo, ese individuo es el *homo economicus* de la versión ortodoxa del análisis económico, cuyo comportamiento racional es gobernado por sus deseos egoístas de manera que, aun sin entregarse conscientemente al cálculo de la relación costo/beneficio para realizar sus elecciones (Becker, 1987: 10), se convierte en un autómatas pilotado por la racionalidad paramétrica en su afán maximizador. La idealización de la sociedad que sucede a ese análisis implica que el sujeto de la investigación ha sido capaz de establecer los criterios de agregación de manera científica o, más modestamente, de manera más o menos convincente cuyo resultado final será “el modelo”.

La mal entendida objetividad científica es pregonada por “algunas de las burocracias técnicas [que] no sólo cumplen funciones científicas y tecnológicas, sino también ideológicas y represivas. En la medida en que lo hacen pueden colocarse en una situación antagónica respecto a las comunidades científicas” (Schoijet, 2008: 249).

IX

EL INTERÉS POR LA EMANCIPACIÓN INTELECTUAL

La objetividad es un resultado que se presenta generalmente como la prueba incontrovertible de la disección de los juicios de valor y de los intereses personales del investigador metafísico. Digo generalmente pues, hoy por hoy, se ha incorporado como parte del “sentido común” en la investigación social que el “modelo” debe ser su auténtica pretensión lo que, según mi parecer, es una *incoherencia*. Si para alcanzar la idealización de la realidad en “el modelo” el sujeto de la investigación se enfrenta a la condición de realizar alguna estilización, sutil o drástica, de la misma, cuando lo hace pone en juego algún criterio o preconcepción inherente a su personalidad que hace de esa elección un juicio de valor y, con ello, la pérdida de la supuesta neutralidad de su conocimiento. De manera que, siguiendo la premisa *habermasiana*, el conocimiento en ciencias sociales, provenga del *interés cognoscitivo* que provenga, siempre estará mediado por algún “punto de partida de las ciencias” que el inconforme radical debe estar en capacidad de identificar y controvertir:

En el punto de partida de las ciencias empírico-analíticas hay un interés *técnico*; en el de las ciencias histórico-hermeneúicas, un interés *práctico*; y en el de las ciencias orientadas críticamente, aquel interés *emancipatorio* del conocimiento que, sin concederlo, estaba ya como base de las teorías tradicionales (Habermas, 1977: 443).

Conviene detenernos un instante para espiar el propósito taxonómico de la segunda generación de la Escuela de Frankfurt con el interés de especular acerca de si el *inconforme radical* comparte alguno de esos intereses cognoscitivos. Intenté en la Tabla 1 hacer una síntesis de un trecho de tal pensamiento que considero relevante para tal propósito especulativo, siempre resistiendo a la tentación de realizar algún recorte que descualifique el pensamiento original.

Para complejizar más el ejercicio, propongo retomar la idea de la “absorción” a que se refirió Kapuscinski, que proviene de comunidades de investigadores con intereses técnicos y prácticos anclados en algún micropoder y que tienen en la mira a aquellos que persiguen un interés emancipatorio en el conocimiento. Cuando el inconforme radical se pone en evidencia, digamos, levantando su voz en una manifestación estudiantil contra algún gobierno y si, además, se ha atrevido a discurrir lúcidamente en un escrito sobre la política, él se ha hecho visible para algún micropoder que, por su parte, se sentirá amenazado. La hostilidad a que será sometido toma la forma del aislamiento y del desprestigio de su obra, estrategia que precede a

los intentos de cooptación a los que algunos sucumbirán por razones prácticas o por razones técnicas que bien conocen pues, para haber llegado al estado de emancipación, seguramente han atravesado por esas etapas.

Tabla 1
Taxonomía habermasiana de ciencias e intereses

Ciencias	Interrelaciones	Intereses cognoscitivos
Empírico – analíticas	Hipotético – deductivas	Técnicos
Histórico – hermenéuticas	Interpretación de textos	Prácticos
Sistemáticas de la acción	Autorreflexión	Emancipatorios

Fuente: Elaborado con base en Habermas (1977).

Los renegados del inconformismo radical o, siguiendo a Kapuscinski, los “amansados”, desde su oscuro despacho de algún ministerio, elaborarán discursos en los que predicen el futuro de alguna Nación o bien en los que interpretan tal o cual texto, eso sí, sin dejar traslucir signos de la autorreflexión con la que otrora buscaban emanciparse. Los que consiguieron resistir al destino de “viejo burócrata” legarán a la sociedad una vida de coraje y un pensamiento en curso, esto es, un conocimiento que tornó insustancial a aquellos que como leyes de hierro intentaron imponerse de manera autoritaria por vanos consensos.

Al interior del discurso heterodoxo de las ciencias sistemáticas de la acción pero, especialmente al de la economía, se viene estableciendo un saludable y creativo debate cuya sistematización, con certeza, rebasa los propósitos del presente trabajo.

Ese debate ha comenzado por reconocer la trascendencia de una teoría de la elección que confronte y supere la del discurso ortodoxo. De un lado, encontramos las corrientes heterodoxas que defienden un *homo sociologicus* actuante, esto es, un agente que opera con voluntad propia cuya conducta obedece a diferentes lógicas y que, de forma mimética, hace que su comportamiento resulte de un proceso de asimilación o adaptación al comportamiento de los demás. Despojar al “individuo de Wall Street” de su

antifaz paramétrico para sustituirlo por el ropaje de una oveja que se comporta como lo hace el rebaño, es uno de los ejemplos más emblemáticos que esta corriente le debe a J. M. Keynes.

Pero otra corriente del pensamiento heterodoxo que ya se ha dado a conocer como la “economía sociológica”, pone el acento en el carácter *razonable* de las elecciones de los seres sociales cuyos gustos, socialmente constituidos, cuestionan el *ceteris paribus* tan caro a la teoría ortodoxa del consumidor. La consideración de un *campo* (oferta) y de un *habitus* (demanda) como pilares de las “estructuras sociales de la economía” es uno de los principales aportes que esa corriente debe a Pierre Bourdieu.

Por mi parte, considero que en las relaciones económicas puras la racionalidad convencional aún tiene un espacio ganado, pero cuando se ponen en juego la vida opera la lógica de la necesidad que, por su parte, es bastante diferente a la lógica de la reciprocidad que moldea las conductas de los agentes que interactúan cotidianamente con el aparato de Estado.

Desde esas perspectivas de análisis, la convivencia tensa del sujeto con los agentes imbricados en su objeto de investigación exige en ocasiones que el investigador sociabilice con regularidad con ellos en el ambiente en que se desenvuelven. Esa convivencia es tensa en razón a que cualquier noción precategorial o preconceptual del sujeto de investigación va a estar en permanente confrontación con las costumbres y las conductas que, normalmente, la rebasan, de manera que el investigador social se expone cotidianamente a perder su “pureza”, esto es, a *contaminarse* con el comportamiento ajeno pudiendo la investigación conducir, incluso, a una suerte de *Síndrome del Investigador de Estocolmo*, por semejanza al “Síndrome del Secuestrado de Estocolmo”. Al exponer el pensamiento que se fundió inseparablemente con su objeto, el investigador será cuestionado por la pérdida de la supuesta “objetividad”, cuestionamiento que replicará con sus logros en profundidad y densidad de análisis.

Los *inconformes radicales* que resisten a la cooptación se caracterizan, además, porque en algún momento se deciden a vencer el miedo a la búsqueda del conocimiento que deroga las “leyes de hierro” y, con el tiempo, van acumulando el coraje para expresarlo. El poder de transformación de la realidad social de esas alternativas de investigación surge, indefectiblemente, de las mediaciones que en términos éticos y políticos arbitren la decisión del sujeto de investigación para involucrarse o no con los agentes imbricados en su objeto de estudio.

Como las ideas jamás están desprovistas de algún interés cognoscitivo, esto es, que cotidianamente nos enfrentamos a esas visiones del mundo que conocemos como ideologías, la trascendencia de mi

proposición radica, en primer lugar, en que el sujeto de la investigación se encuentra, desde el mismo origen de su inconformismo radical, de cara a su diferenciación de sus contrincantes y de sus seguidores. En segundo lugar, creo que el campo donde se debe librar esa discusión no es en el de la supuesta “objetividad” o “neutralidad” del conocimiento pues eso no existe, al menos en las ciencias sistemáticas de la acción como la sociología, la ciencia política y, especialmente, en la economía. En cambio, sugiero que el interés del investigador y la independencia de su pensamiento son mediados, como acabo de advertir, por el tipo de compromiso ético y político con el que intenta afirmarse en la sociedad.

Hace algunos años conocí al investigador Alejo Sanz de Santamaría, quien asemejaba el trabajo del economista al de un médico alternativo pues, según él, es bien distinta la interacción de un paciente que accede a un médico tradicional con la intención de que lo sane mientras que, en el caso del médico alternativo, el paciente espera que ese médico lo oriente para sanarse a sí mismo. Convencido de ello, se dedicó a una investigación sobre los circuitos económicos en que operaban los campesinos minifundistas de algunas provincias de Santander y, posteriormente, llegó a trabajar en el Corregimiento de La India en el Carare – Opón, en la que los campesinos que explotaban la madera fueron asolados por la violencia homicida inmanente al conflicto interno armado en Colombia. Como era de esperarse, los resultados de sus investigaciones generaron mucha controversia, pero especialmente provocadores eran sus arreglos metodológicos que se caracterizaban por la conjunción del sujeto con el objeto, esto es, la irrupción continua de los investigadores de su proyecto y de él mismo en la vida cotidiana de los campesinos.

La residencia bipolar y sus implicaciones para la organización social de los esquimales estudiada por Marcel Mauss es un caso emblemático de ese tipo de opciones, en las que la cuestión planteada es: ¿podemos conocer el modo de vida de los excluidos si no nos involucramos en su cotidianeidad? Y, obviamente, si estamos en capacidad de revestir a ese conocimiento de algún estatuto de cientificidad. Si la respuesta es afirmativa, será que entonces que ¿Podemos conocer las causas de la desigualdad si nos aliamos con sus agenciadores? El conflicto precategorial del investigador en esos dos ejemplos es, por igual, tensionante pues, en efecto, ni el campesino común elaborará un discurso sobre la exclusión así como el terrateniente urbano, por ejemplo, tampoco lo hará sobre la renta del suelo. Topalov ya había advertido sobre eso, es decir, que ello no implica que la exclusión o la renta no existan en el sentido de que son categorías concretas pensadas por los teóricos sociales.

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

Pero el conflicto ético y político es definido *ex ante* y, por ello, la mediación que propongo se hace evidente. Mejor aún, el sujeto se contaminó de las ideas o del comportamiento ajeno con antelación a la investigación.

Si el investigador social es un inconforme radical con el estado del mundo que conoce, seguramente que su compromiso en la lucha contra la desigualdad es tan inquebrantable como lo son las vías democráticas de cambio que propone, de llegar a hacerlo. A él le asiste permanentemente el valor y el coraje para hacer la denuncia, así sea la voz disonante que rompa con la monotonía armónica del unanimismo. Esa es la mediación fundamental pues si el investigador social se reconoce, *ex ante*, como un personaje interesado en mantener el *statu quo*, elaborará un discurso sobre el premio a la sagacidad de los dueños de la tierra para apoderarse de un valor sin haberlo producido, y se amparará en promesas secularmente incumplidas como aquella que asegura que, en el largo plazo, la entrada de nuevos competidores derribará las barreras a la entrada a las estructuras monopólicas de mercado, por ejemplo. Si no elabora ningún discurso, su alianza con los propietarios de un dominio sobre la tierra urbana lo conducirá a mantener un connivente silencio o a levantar un intrascendente pero conveniente discurso sobre la neutralidad de la gestión urbana, por ejemplo.

El coraje y la independencia de su pensamiento son las únicas armas con las que el inconforme radical cuenta para *resistir* a la influencia y a los intentos de cooptación de los macro y micropoderes que se confrontan por el mundo. Los primeros con sus inclinaciones imperialistas y los segundos intentando notabilizarse a costa del investigador con inclinaciones emancipadoras, tienen en común que practican algún tipo de autoritarismo que, no sobra recordarlo, debemos combatir.

El *globalitarismo* es un ejemplo contemporáneo de los macropoderes que, surgidos de la acumulación de ciertas funciones estratégicas supranacionales o, para entrar en la jerga coloquial que le presta su raíz etimológica al término, “entidades globales”, tales como las agencias multilaterales de crédito, algunos reductos antidemocráticos de las organizaciones de Estados o las conferencias de países que promueven la extinción de los Estados sociales de derecho, por ejemplo, promueven el pensamiento único y sus miembros asumen posiciones autoritarias para intentar doblegar la voluntad de los pueblos con el mito de una falaz democracia planetaria. Con tal propósito, esas “entidades globales” cooptan, cada vez con más frecuencia, a los investigadores locales para que, bajo su estricto control y tutela, realicen las pesquisas que les sean funcionales. No importa el rigor académico del investigador pues éste llega empaquetado en

algún “software” que, amparado por una “licencia” o un “password”, se configuran jactanciosamente en algún privilegio del saber.

No hace mucho conocimos un conjunto de investigaciones sobre geografía y desarrollo en América Latina financiada por una entidad multilateral de crédito y compilada por cuatro investigadores colombianos cooptados para hacer tal tarea. La especificación de los modelos econométricos para cada país era tan semejante que los resultados esperados no podrían tener mayores varianzas, de manera que las economías litoráneas debían aparecer, como de hecho ocurrió, como las más promisorias. Sin embargo, los lectores atentos podrán constatar que, en ausencia de independencia de pensamiento, nuestros cooptados protagonistas incurrieron en mayúsculos errores en el empleo de la geografía, tales como el de agrupar en una dudosa categoría –“tierras tropicales de América del Sur” – a “áreas tan disímiles como la región metropolitana de Río de Janeiro, la puna boliviana y el bosque ecuatorial peruano del occidente de la cuenca del Amazonas” (Pérez, 2004: 262). Seguramente el libre examen y la crítica levantada sobre el mismo a esas investigaciones consternaron a los directivos entrantes del ente *globalitario*, pero no encuentro en ellos algún indicio de *inconformismo* siquiera “moderado”.

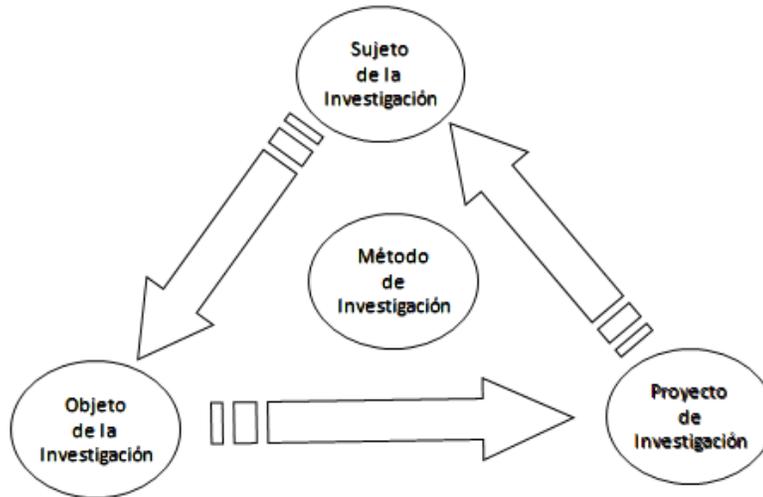
X

LOS MODOS DE INVESTIGACIÓN Y EL INCONFORMISMO RADICAL, O EL ENIGMA DEL MÉTODO

Al llegar a este momento de la reflexión, nos hemos podido percatar de que la principal pretensión del texto es proporcionar una *guía* para el debate acerca del papel del *sujeto de investigación* en su interacción con el *objeto de investigación* de cara a la elaboración y desarrollo de su *proyecto de investigación*. En ningún momento he pretendido siquiera suplantar alguno de los miles de “manuales de investigación científica” en los que el sujeto de investigación está ausente y que, como propuse al comienzo, son la mejor vía para aniquilar el pensamiento. Espero que tal debate contribuya a que los *inconformes radicales* realicen elecciones trascendentes en cuanto al diseño y realización de su investigación pues, de lo contrario, siguiendo a Mandela, éste habrá sido otro esfuerzo “trágicamente desperdiciado”. Por ahora, reafirmo que el método es inmanente al sujeto y se inscribe en su interacción permanente con su objeto y con su proyecto que, por su parte, se comporta a la manera de un flujo circular en el que el error es detectado y superado mediante la vigilancia intelectual, cuyo sentido intento exponer en el Esquema 1.

Esquema 1

La inscripción del método en el flujo circular de la investigación



En este último ensayo discuto la cuestión de los *modos de investigación* al alcance del sujeto de investigación. Su mismo nombre seguramente inducirá al lector a anticipar que se trata del “componente técnico”, neutral y aséptico, del proceso de investigación científica. No es así. En la elección del *modo de investigación* el sujeto, por voluntad propia – ¡ojalá! – o inducido por el medio intelectual en el que se desenvuelve, y teniendo en mira algún interés personal, manifiesta una personalidad y unas convicciones que pretende reforzar con el desarrollo de la investigación.

Pero socialmente esa elección adquiere otros ribetes que han terminado por polarizar el campo de la investigación de las ciencias sociales y, por tanto, la elección del *modo de investigación* suscita una indudable tensión entre los sujetos de investigación principiantes que, en no pocas ocasiones, termina en el círculo vicioso de proyectos iniciados y nunca culminados. Eso ocurre, según mi criterio, por tal polarización. La idea de que en la simulación de la sociedad a través de modelos en los que se idealiza la realidad, esto es, lo posible, es el “único” camino para que la investigación adquiriera un estatuto de científicidad, ha terminado por relegar otras opciones a la categoría de “bazares”, en los términos de Bunge, caracterizados en apariencia por la ausencia de rigor lógico y académico y de vigilancia intelectual. Tampoco eso es así pero puede llegar a serlo.

Tal polarización ha sido objeto de varias terapias y clarificaciones y de allí también han surgido algunas mutaciones institucionales. La idea de que en los estudios de postgrado, por ejemplo, es posible distinguir diversas vocaciones intelectuales entre los participantes, esto es, tanto vocaciones de personas con indudables potenciales investigativos con inclinaciones hacia la erudición como de legítimas vocaciones burocráticas con auténticos potenciales de intervención, ha permitido abrir el abanico de *modos de investigación* para atender los afanes propiamente investigativos y las inclinaciones profesionalizantes de los sujetos de investigación. Adviértase que en esta ocasión el término *burocracia* no está siendo empleado con algún propósito peyorativo, y sí como referencia a algunos cuadros de las esferas públicas o privadas de la sociedad que intentan, a través de la investigación, una ruptura con las prácticas repetitivas y monótonas que conllevan a la ineficacia social de las acciones u omisiones de las organizaciones a las que se encuentran vinculados.

¿De qué depende el empleo de algún *modo de investigación*? Además de las vocaciones intelectuales de los sujetos de investigación, la elección depende de la naturaleza del “objeto de investigación, del estado de los conocimientos, así como de las múltiples contingencias que pesan sobre la realización del proyecto” (De Bruyne et. al., 1977: 223). Intentaré ilustrar

esas opciones que, por lo demás, no son excluyentes, pues lo más razonable delante de la evidente complejidad adquirida por los fenómenos sociales es su combinación y coherente complementación.

Un sujeto de investigación puede situarse, legítimamente, como un observador ausente del objeto que investiga o, por el contrario, como una persona presente involucrada con la materia de investigación. Recalco que ambas opciones son legítimas en la perspectiva de que el conocimiento adquiera un estatuto de cientificidad. A los empiristas lógicos es a los que más les incomoda esta opción pues, a partir de la premisa de que evidencia no se puede negar, con el transcurrir del tiempo se torna más evidente que lo que se cuestiona: en primer lugar, es la forma de captura de la evidencia para, seguidamente, discutir su forma de tratamiento. A la exacerbación de los protocolos estadísticos Pierre Bordieu se ha referido como el “*morbus mathematicus*” mientras que, en los términos Santos Discépolo (2010: 69), de su uso sensato “exhala poesía” puesto que en tal estadio “los números no hablan pero persuaden” (Santos Discépolo, 2010: 74).

A la estrechez explicativa de los modelos restrictivos y a su intento de generalización se oponen los restringidos aunque reveladores alcances de los estudios de caso a profundidad. Esas tensiones me lucen tolerables, pero lo que me parece insostenible es la supuesta neutralidad del sujeto que idealiza la sociedad en modelos en los que el *ceteris paribus* y el *error de estimación* les han impuesto la estrechez a su diseño. En la dirección de la unicidad de la ciencia que, por supuesto, aún no se ha alcanzado, esas discusiones podrían adquirir alguna relevancia siempre que se reconozca *ex ante* la insubordinación permanente del sujeto de investigación a los dogmas, así estos sean de “vida dura y resistente” como los enunció Poulantzas. Es decir, la riqueza de tales discusiones es correlativa al grado de estímulo al inconformismo radical del sujeto de investigación.

El sujeto de investigación se torna ausente del desenvolvimiento de su objeto desde el mismo momento en que sus “inclinaciones por la objetividad” lo conducen a evitar a toda costa la interacción con su objeto, con alguna de sus manifestaciones materiales o virtuales y con alguno de los agentes que sobre él intervienen. Los hechos se transforman en datos, estadísticos en la mayoría de las veces pero en no pocos documentales, que son sometidos a procedimientos que los transforman o deforman pero que, en esencia, permanecen inalterados pues, a manera de ejemplo, el crimen tiende a concentrarse en ciertos lugares y a intensificarse en algunos momentos, pero no por tener menor intensidad en tiempo y espacio dejará de ser el crimen.

La identificación de los agentes y la comprensión de sus conductas motivan a los sujetos de investigación a sacrificar algo de su objetividad o, en otras palabras, a recurrir a su subjetividad –que en ocasiones podrá entrar en crisis–, revelándose en ese momento la pretensión de la *familiarización a profundidad* con el objeto de estudio. La emergencia de las intersubjetividades hace de la fenomenología un recurso invaluable para el investigador que interpreta la realidad a partir de la forma como los sujetos se la presentan. Pero el único recurso para superar el estado narrativo o la crónica inherente a la fenomenología es el empleo de teorías y categorías que deformen los discursos y los datos para tornarlos un “sentido común ilustrado”: el crimen torna inhabitable un espacio cuando amenaza la vida de las personas, pero lo torna poco sociable cuando se dirige meramente a sus pertenencias, como lo aclara Velásquez (2010: 159-200), pero no por tener diferentes funciones dejará de ser el crimen.

Un cuadro complejo y, por demás, incompleto, de las decisiones que en materia de métodos y modos de investigación y de marcos de análisis y de referencia a los que generalmente nos enfrentamos, se presentan en el Esquema 2 a la luz de la idea de los polos que se imbrican en esa membrana gris que es nuestro cerebro. Investigar sobre las quintas opciones en adelante que tiene el sujeto de investigador para dejar el ostracismo al que ha sido sometido en los manuales, es parte del ejercicio que ahora le propongo iniciar. Por lo pronto, pretendo ilustrar algunas de esas búsquedas. Investigar sobre algo en *particular* y a *profundidad* es la esencia del modo de investigación que se conoce como “estudio de caso”. Es un análisis *intensivo* de un objeto de investigación que persigue voluntariosamente “aprehender la totalidad de una situación” (De Bruyne et. al., 1977: 224-225):

Algunos estudios son un intento de *exploración* e intentan descubrir problemáticas nuevas, renovar perspectivas existentes o sugerir hipótesis fecundas, preparando así el camino para investigaciones ulteriores;

Otros son esencialmente descriptivos y toman la forma de una *monografía*, empeñándose en describir toda la complejidad de un caso concreto sin pretender en absoluto la generalización.

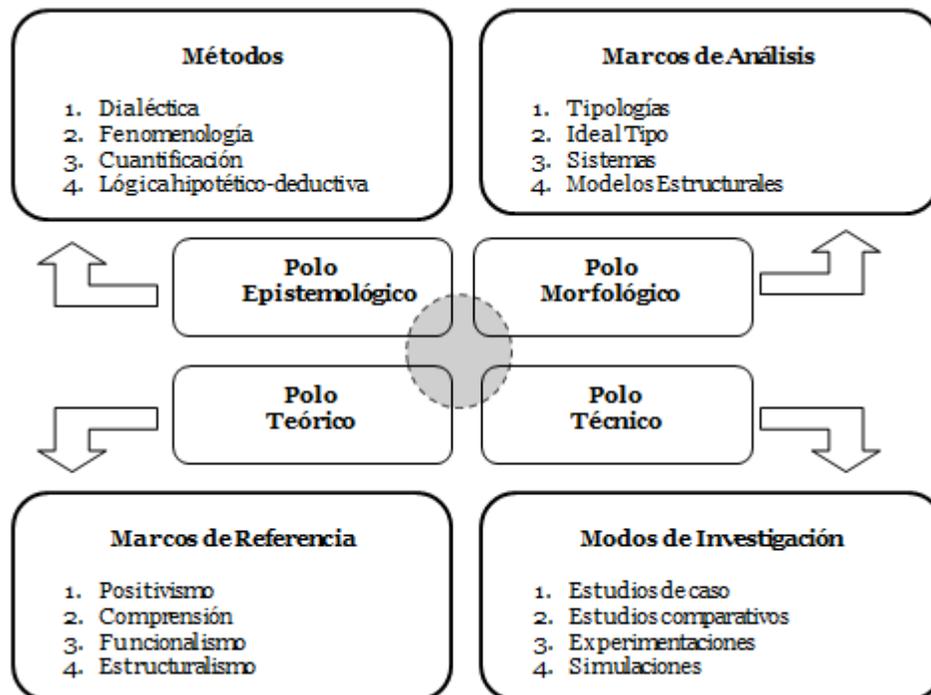
Otros persiguen aún un objetivo *práctico* y frecuentemente utilitario, sea porque persigan establecer un diagnóstico de una organización o hacer su evaluación, o sea porque buscan prescribir una terapia o cambiar una organización.

Los *estudios de caso* no son análisis del tipo “bazar” o de “lluvia de ideas” pues no por el hecho de permitir algún grado de subjetividad el sujeto de investigación tiene licencia para prescindir de la teoría y de la discusión categorial. En el mismo sentido, el levantamiento de información mediante entrevistas guiadas, observaciones sociométricas y documentos histórico-

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

analíticos, por ejemplo, no puede desprenderse del empleo de ciertas técnicas que le permitan al investigador mantener bajo control sus hallazgos. Por lo demás, el énfasis cualitativo no tiene por qué inhibir desarrollos cuantitativos con arreglo a métodos que permitan establecer relaciones entre variables.

Esquema 2
Opciones para tornar presente al sujeto de investigación



Fuente: Construido con base en De Bruyne et. al. (1977).

Es menester advertir que un abordaje empirista no es el mejor camino para el rechazo de una teoría. Esta es una errada percepción del papel de los *estudios de caso*. Como se ha logrado dilucidar en ese camino hacia la unicidad de la ciencia, una teoría solo puede ser superada por otra teoría y nunca por una regularidad empírica. En otras palabras, “los hechos jamás hablan por sí mismos”:

La insistencia en las descripciones de situaciones no pasa de una reliquia de estado pre-teórico de la ciencia, cuando el objetivo de la investigación parecía ser la acumulación de informes de observación que no resolvían ningún problema y no eran tenidos en cuenta por ninguna teoría. Esa filosofía de bazar cayó en desuso en la propia teoría de la administración de empresas (Bunge, 1967:168 citado por De Bruyne et. al., 1977: 226).

El método inductivo es el predilecto por quienes realizan los *estudios de caso*, incurriendo el investigador en la tentación de apartarse de los problemas mayores para dedicarse a explicar por separado ciertas minucias que, en determinado momento de la investigación, aparecerán totalmente irrelevantes. El privilegio a la fenomenología y la descriptiva es un error que tiene necesariamente que ser identificado por el mismo investigador de manera que, cuando lo consiga, le abrirá paso al análisis causal que es más prolífico en hipótesis y descubrimientos científicos:

Los estudios de caso rigurosos no deben limitarse a una descripción, por más documentada que sea, como apoyarse en conceptos e hipótesis; deben ser guiados por un esquema teórico que sirve de principio director para la recolección de los datos; así ellos evitan “el error de lo concreto mal pensado” (Hempel) para asegurar mejor la pertinencia y la interpretación de los datos que ellos reúnen (De Bruyne et. al., 1977: 227).

Siguiendo la premisa del rigor académico con que se adelantan *los estudios de caso*, algunas de las características que le son inmanentes son:

- Los hallazgos son *particulares*, no son generalizables, pues tales hallazgos tienen validez para el caso estudiado y no son extrapolables a otros casos aunque sean semejantes.
- Las conclusiones tienen “validez transitoria hasta nuevas informaciones” (Virieux-Reymond, 1972: 89 citado por De Bruyne et. al., 1977: 227): a manera de ejemplo, un estudio de caso que se ocupe de un cambio, “de una transformación, jamás podrá ofrecer conclusiones imperiosas pues de la misma naturaleza del estudio de caso derivan limitaciones para mantener «controlados» los factores aleatorios que lo afectan”.
- Al sujeto de investigación le concierne la “separación entre lo accidental y lo esencial” (De Bruyne et. al., 1977: 227); más precisamente, su vigilancia intelectual que comienza por la clarificación de la aproximación teórica y categorial, lo va a conducir a no involucrarse con lo espurio de lo verdaderamente determinante.
- A los estudios de caso amparados en una teoría les es inmanente la formulación de un sistema de hipótesis cuyos mecanismos de prueba son experimentales.

Los *estudios monográficos* conceden una gran importancia a la revisión documental y bibliográfica, en la medida que sus autores se empeñan en la sistematización crítica del conocimiento producido en torno a su objeto,

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

organizando tal búsqueda de forma que se revele la complejidad del caso sin pretender, como ya se dijo, llegar a un estado de generalización. Esos estudios convienen por lo general en discutir las diversas aproximaciones teóricas y metodológicas sobre un mismo objeto y, más aún, las discusiones suscitadas entre dos o más disciplinas alrededor del caso. La pluridisciplinariedad, esto es, la búsqueda de una epistemología general alrededor del objeto de investigación, encuentra en los estudios de caso una de sus principales instrumentos de trasgresión de las fronteras disciplinares pero, en general, esas búsquedas siguen las mismas reglas del modo de investigación que hemos discutido.

¿Cuál es el camino a seguir? El de reconocerse como sujeto de investigación que, a partir de sus convicciones, manifiesta su inconformismo con los sentidos comunes falaces y con las explicaciones con consensos débiles y que, además, pone en juego su carácter en la elección de alguna manera de llevar a cabo su investigación, momento en el que habrá desentrañado uno de los enigmas más inquietantes: ¡su método de investigación!

CONSIDERACIONES FINALES

Exploré recientemente el contenido de 52 manuales de investigación científica, tarea que se me facilitó pues ahora circulan en catálogos de las muchas editoriales en los que, además, se presenta el sumario de cada uno. Los resultados de esa búsqueda afianzaron mi impresión negativa sobre los manuales a nuestro alcance que circulan en libros y por la internet, fundada en la inaceptable ausencia de una reflexión sobre el *sujeto de investigación*. Hay novedades como la de algunos autores que sugieren metodologías para la consulta por internet, así como rarísimas excepciones como la de un libro con un contenido sugestivo acerca del significado de “ser estudiante”. Digo rarísimas excepciones, pues esa obra en particular alude a un ser humano con intereses intelectuales, personaje ausente en los numerosos compendios de procedimientos que sus autores seguramente consideran útiles para todos los mortales. Dentro de ese último grupo hay títulos taquilleros del tipo “cómo hacer la tesis”, “manual para la elaboración de la tesis”, “guía práctica de investigación” y “orientaciones para la elaboración y presentación de la tesis”, por ejemplo. En uno de ellos, no recuerdo en cuál, es posible encontrar hasta los “requisitos de impresión” necesarios para una presentación estricta del trabajo.

No dudo de las buenas intenciones con que esas obras han sido escritas en aras de la sumisión de los investigadores al método científico, como tampoco que sean de utilidad para algunos investigadores principiantes. Lo que cuestiono es su eficacia, pues he corroborado el desestímulo que producen en muchos de ellos a los que se les dibuja un panorama saturado de reglas que, al alcanzar cierto nivel, cumplen la función de desestimar a los potenciales investigadores que prefieren declinar en sus pretensiones intelectuales ante el enjambre burocrático que allí se le anuncia. Son esas personas las que espero volver a estimular con *el enigma del método y el inconformismo radical* para que, activando sus convicciones refundidas temporalmente, vuelvan a reencontrarse en una práctica fructífera de su investigación y, de conseguirlo, a disfrutar de un nuevo modo de vida.

Ese nuevo modo de vida está impregnado del coraje necesario para acuñar un pensamiento original estudiando el pensamiento de otros pero sin llegar a imitar a nadie, para escribir mucho y para mirar con respecto a los que piensan y socializan su pensamiento en lo que escriben y, al final, para llegar a ser reconocido por tener un modo de exposición caracterizado por su “estilo decente” que, en los términos de Murakami (2011: 33), consiste en que “en la escritura una de dos: o se nace con el don, o bien uno se deja la piel y se esfuerza para hacerse bueno”.

Considero que uno de los aportes que le puede haber hecho el estudio de estos capítulos es el de aclarar en su pensamiento que el investigador, en esencia, se ocupa de dar cuenta de un fenómeno procurando identificar los vínculos con otros a fin de discurrir sobre su dinámica, pues es cada vez más común entre los investigadores novatos comenzar con sus propuestas para componer el mundo o, en los términos de Hallward (2010, 106) a ofrecer “la solución completa a un problema antes de resolverse a abordarlo”. Aquí no se han dado recetas para activar sus pretensiones propositivas, para ordenarlas o para exponerlas pues, por lo demás, sería inoficioso dado que la mayoría de los seres humanos no conoce límites para proferir opiniones sobre lo que desconoce.

La investigación no debería ser dogmática, pero como ello ocurre a menudo, el inconformismo radical es un antídoto contra la sumisión a los dogmas. Es contra esos dogmas contra los que debe existir una insubordinación permanente para salir del estado de oscurantismo que pesa sobre el devenir de nuestras sociedades. Hay medios que facilitan esa insubordinación prolífica y otros que la entorpecen. En los primeros se practica el principio de la libre elección de las categorías, las teorías y los modos de investigación, mientras que en los segundos se acostumbra defender a ultranza el pensamiento único. Por tanto, hay investigadores libres y hay esclavos de los dogmas. La libertad de la emancipación intelectual se alcanza con ese pensamiento original al que he aludido y que es lo que se consigue con ella y que compone las ideas que ella crea. Es por ello que practico el principio de la libre elección y lo defiendo con la misma vehemencia con la que los alienados intentan desmoralizarlo para imponer el pensamiento único.

El camino hacia la libertad, hacia la emancipación intelectual, es tan largo como el que existe entre la ignorancia y el conocimiento que se pretende alcanzar. Además de lo extenso, ese camino puede ser más o menos tortuoso dependiendo del vehículo que emplee para recorrerlo –su método– y del combustible que lo impulsa –sus convicciones personales–. Durante ese trayecto va a encontrar obstáculos –la crítica destructiva y el medio hostil– que le exigirán coraje para superarlos.

Ese camino está lleno de riesgos y eso lo torna más ameno, menos predecible que el de los consensos fútiles que en apariencia alcanzan las mayorías. Recuerdo en este momento ese pasaje del Antiguo Testamento en el que Dios castiga la *curiosidad* de Ruth convirtiéndola en una estatua de sal por el hecho de haber dirigido su mirada hacia atrás para verificar que, en la devastación de Sodoma y Gomorra desatada por su ira contra un pueblo corrompido que se había alejado de sus reglas, también cayeron muchos

Óscar A. Alfonso R.

inocentes pues es imposible que en unas ciudades como esas no habitasen infantes cuya inocencia de impúber no ameritaba castigo alguno, menos la muerte. Siguiendo esa reflexión de Saramago (2009) en Caim, propongo que el nombre de Ruth sea resarcido y ella sea erigida como la patrona de los investigadores con coraje.

Espero que ahora Usted esté mejor preparado para extraer sus propias conclusiones y para realizar las elecciones que lo hagan feliz.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Aróstegui, J. *La Historia Vivida: sobre la Historia del presente*. Madrid, Alianza Editorial, 2004.
2. Becker, G. *Tratado sobre la familia*. Madrid, Alianza Editorial, 1981.
3. Bergia, S. “Desarrollo conceptual de la teoría cuántica”. En L. Navarro V., *El Siglo de la Física*. Barcelona, Tusquets Editores, 1992.
4. Bourdieu, P., J-C. Chamboredon y J-C. Passeron. 2000. *A profissão de sociólogo: preliminares epistemológicas*. Petrópolis, Editora Vozes [1968].
5. Coontz, S. *Teorías de la población y su interpretación económica*. México, Fondo de Cultura Económica, 1957.
6. Cruz Espejo, E, & Paredes, J. (ed.). *Rufino José Cuervo: una biografía léxica*. Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá-Instituto Caro y Cuervo-Ministerio de Cultura, 2011.
7. Saramago, J. *Caim*. São Paulo, Companhia das letras, 2009.
8. Deas, M. y F. Gaitán Daza. *Dos ensayos especulativos sobre la violencia en Colombia*. Bogotá, Fonade – Departamento Nacional de Planeación, 1995.
9. Eco, U. 2001. *Cómo se hace una tesis: técnicas y procedimientos de estudio, investigación y escritura*. Barcelona, Gedisa Editorial, 1977.
10. Friedman, M. y otros. *John Maynard Keynes, crítica de la economía clásica*. Madrid, Sarpe, 1983.
11. Habermas, J. 1977. “Conocimiento e interés”. En Mardones, J.M. 1991. *Filosofía de las ciencias humanas y sociales: materiales para una fundamentación científica*. Barcelona, Antrhopos, 1982.
12. Hallward, P. “Comunismo del intelecto, comunismo de la voluntad”. En Hounie, A. *Sobre la idea del comunismo*. Buenos Aires, Paidós, 2010.
13. Hardt, M. “Lo común en el comunismo”. En Hounie, A. *Sobre la idea del comunismo*. Buenos Aires, Paidós, 2010.
14. Hounie, A. *Sobre la idea del comunismo*. Buenos Aires, Paidós, 2010.
15. Japiassú, H. y D. 1996. *Marcondes. Diccionario Básico de Filosofía*. Rio de Janeiro, Jorge Zahar Editor, 1989.
16. Kant, I. 1991. *Prolegómenos a toda metafísica del porvenir; Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime; y, Crítica del Juicio*. México, Editorial Porrúa, S.A. 1738, 1764, 1790.
17. Kuhn, T.S. 2001. *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1962.
18. Lavoie, M. *La economía postkeynesiana: un antídoto del pensamiento único*. Barcelona, Icaria – Antrazyt, 2005.

19. Lefebvre, H. 1998. *Lógica formal, lógica dialéctica*. México, Siglo XXI Editores, 1969.
20. Mardones, J.M. 1991. *Filosofía de las ciencias humanas y sociales: materiales para una fundamentación científica*. Barcelona, Antrhopos, 1982.
21. Murakami, H. 1984. Buenos Aires, Tusquets Editores, 2011.
22. Murakami, H. *Do que eu falo quando eu falo de corrida*. Rio de Janeiro, Alfaguara – Editora Objetiva Ltda, 2010.
23. Navarro V., L. *El Siglo de la Física*. Barcelona, Tusquets Editores, 1992.
24. Popper, K. 1996. Teoría cuántica y el cisma en Física: post scriptum a *La Lógica de Investigación Científica, Vol. III*. Madrid, Editorial Tecnos [1956].
25. Rancière, J. “¿Comunistas sin comunismo?” En Hounie, A. *Sobre la idea del comunismo*. Buenos Aires, Paidós, 2010.
26. Rohrllich, F. “Las interacciones ciencia-sociedad a la luz de la mecánica cuántica y de su interpretación”. En L. Navarro V., *El Siglo de la Física*. Barcelona, Tusquets Editores, 1992.
27. Santos Discépolo, J. *¿Y vos me la vas a contar? Diálogos con Mordisquito*. Buenos Aires, Terramar Ediciones, 2010.
28. Schoijet, M. *Límites del crecimiento y cambio climático*. México, Siglo XXI Editores, 2008.
29. Sraffa, P. *Producción de mercancías por medio de mercancías: preludeo a una crítica de la Teoría Económica*. Barcelona, Ediciones Oikos-Tau, 1965.
30. Velásquez, C. Seguridad residencial en Bogotá: ¿garantía de habitabilidad o de sociabilidad? En L. B. Peña (editor) *Ensayos sobre seguridad urbana y seguridad residencial*, Cuadernos CIDS n.º 13, Serie I. Bogotá, Universidad Externado de Colombia, 2010.
31. Valadier, P. *Machieval et la fragilité de la politique*. Paris, Éditions du Seuil, 1996.
32. Zizek, S. “Cómo volver a empezar...desde el principio”. En Hounie, A. *Sobre la idea del comunismo*. Buenos Aires, Paidós, 2010.

ARTÍCULOS DE REVISTAS Y PERIÓDICOS

33. Cuervo, L. M. El agua potable como bien mayor. En *Revista Regulación*, vol. I, número 2, 1997.
34. Krugman, P. “Señales de tormenta económica”. *Semanario El Espectador*, 10 a 16 de diciembre de 2006, página 3C.

EL ENIGMA DEL MÉTODO Y EL INCONFORMISMO RADICAL

35. Pérez S., B. “De geografías “desfavorables”, geografías “condenantes” y geografías “de éxito”. En *Revista de Economía Institucional*, vol. 6, 10, 2004.
36. Stiglitz, J. “El factor Phelps”. *Semanario El Espectador*, 10 a 16 de diciembre de 2006, página 19A.

DOCUMENTOS DE TRABAJO

No.	Autor	Título	Año
1	Juan Santiago Correa	Urbanismo y transporte: el tranvía de Medellín (1919-1950)	2002
2	Álvaro H. Chaves C. y Helmuth Y. Arias G.	Cálculo de la tasa interna de retornos educativos en Colombia	2002
3	Fernando Bernal C.	Gobernanza pública, violencia y políticas de alivio a la pobreza. La ampliación del marco conceptual del Programa Familias en Acción	2003
4	Sandra L. Guerrero S.	Evaluación de la racionalidad del plan de descontaminación del río Bogotá a partir del análisis de costo mínimo y tasa retributiva	2003
5	Humberto Bernal Castro y Byron Ortega	¿Se ha desarrollado el mercado secundario de acciones colombiano durante el período 1988-2002?	2004
6	Liliana Chicaíza	Valoración de primas de reaseguro para enfermedades catastróficas utilizando el modelo de Black-Scholes	2005
7	Rosaura Arrieta, Aura García y Elsa Doria	Movilidad social en el asentamiento subnormal de Ranchos del Inat 2004	2005
8	Álvaro H. Chaves C.	Evolución de la productividad multifactorial, ciclos y comportamiento de la actividad económica en Cundinamarca	2005
9	Liliana López C. y Fabio F. Moscoso	La eficiencia portuaria colombiana en el contexto latinoamericano y sus efectos en el proceso de negociación con Estados Unidos	2005
10	Andrés F. Giraldo P.	La neutralidad del dinero y la dicotomía clásica en la macroeconomía	2005
11	Diego Baracaldo, Paola Garzón y Hernando Vásquez	Crecimiento económico y flujos de inversión extranjera directa	2005
12	Mauricio Pérez Salazar	Mill on Slavery, Property Rights and Paternalism	2006

DOCUMENTOS DE TRABAJO

No.	Autor	Título	Año
13	Fabio F. Moscoso y Hernando E. Vásquez	Determinantes del comercio intraindustrial en el grupo de los tres	2006
14	Álvaro H. Chaves C.	Desestacionalización de la producción industrial con la metodología X-12 ARIMA	2006
15	Ómar Fernando Arias	El proceso de fluctuación dinámica de la economía colombiana: reconsideraciones teóricas sobre un fenómeno empírico	2006
16	Homero Cuevas	La empresa y los empresarios en la teoría económica	2007
17	Álvaro H. Chaves C.	Ventajas comparativas del sector agropecuario colombiano en el marco de los recientes acuerdos comerciales	2007
18	William Lizarazo M.	La controversia del capital y las comunidades científicas	2007
19	Mario García y Edna Carolina Sastoque	Pasiones e intereses: la guerra civil de 1876-1877 en el Estado Soberano de Santander	2007
20	José Gil-Díaz	Ministerio de Finanzas: funciones, organización y reforma	2007
21	Mauricio Pérez Salazar	Economía y fallos constitucionales: la experiencia colombiana desde la vigencia de la Carta Política de 1991 hasta 2003	2007
22	Mauricio Rubio y Daniel Vaughan	Análisis de series de tiempo del secuestro en Colombia	2007
23	Luis Felipe Camacho	Reflexiones de economía política: la justicia social en la obra de León Walras	2008
24	Óscar A. Alfonso R.	Economía institucional de la intervención urbanística estatal	2008
25	Mauricio Rubio	Palomas y Sankis. Prostitución adolescente en República Dominicana	2008
26	Helmuth Yesid Arias Gómez	La descentralización en Colombia y las autonomías en España	2009

DOCUMENTOS DE TRABAJO

No.	Autor	Título	Año
27	Andrés Mauricio Vargas P. y Camilo Rivera Pérez	Controles a la entrada de capitales y volatilidad de la tasa de cambio: ¿daño colateral? La experiencia colombiana	2009
28	Óscar A. Alfonso R.	Economía institucional de la ocupación del suelo en la región metropolitana de Bogotá	2009
29	Álvaro Hernando Chaves Castro	Dinámica de la inflación en Colombia: un análisis empírico a partir de la curva de Phillips neokeynesiana (NKPC)	2010
30	Diliana Vanessa Cediel Sánchez	Determinantes del recaudo tributario en los municipios del departamento de Cundinamarca	2010
31	Óscar A. Alfonso R.	Impactos socioeconómicos y demográficos de la metropolización de la población colombiana y de los mercados de trabajo y residenciales	2010
32	Mauricio Rubio	Entre la informalidad y el formalismo. La acción de tutela en Colombia	2011
33	Óscar A. Alfonso R.	La geografía del desplazamiento forzado reciente en Colombia	2011
34	Yasmín L. Durán B.	Impacto impositivo en las decisiones de inversión y armonización tributaria. Caso de estudio: la unión europea	2011
35	Ernesto Cárdenas y Jaime Lozano	Economía experimental: una medición de confianza y confiabilidad	2011
36	Helmuth Arias Gómez	Tendencias de la industria regional	2011
37	Isidro Hernández Rodríguez	Tributación en Colombia y los orígenes de su brecha impositiva, 1821-1920	2011
38	Óscar A. Alfonso R.	Polimetropolitanismo y fiscalidad, Colombia 1984-2010	2012
39	Álvaro Hernando Chaves Castro	Acuerdos comerciales y posibilidades de desarrollo regional: el caso de la economía del meta	2012
40	Óscar A. Alfonso R.	El enigma del método y el inconformis-	2012

DOCUMENTOS DE TRABAJO

No.	Autor	Título	Año
		mo radical: crítica y alternativas a los procedimientos de investigación con su- jeto ausente	